

Lucio Urtubia Jiménez

LA REVOLUCIÓN POR EL TEJADO

Autobiografía

Edición a cargo de Joxerra Bustillo



*“Si algo sacamos de este libro,
que sea para los presos”*

Lucio

SUSTRAIAK

En la casa parisina de Lucio hay dos lemas que presiden la fachada. Uno en francés: *Le temps de Cerises*, el tiempo de cerezas, la canción de La Comuna de París, que sigue inspirando todas las utopías planetarias de este anarco internacionalista. El otro lema es en euskara, *Sustraiak*. Raíces. De las que Urtubia no renuncia pese a sus contradicciones. No puede, ni quiere, dejar de ser un vascón navarro. “Seguís siendo unos carlistones” nos dice cuando hablamos de Euskal Herria. “Igual que tú”, le seguimos la broma. Pero todos sabemos que hay algo de cierto, y que los arroyos de nuestras rebeldías y credos, aparentemente distintos, se remontan a la misma fuerte turbulenta del siglo XIX. No se ha estudiado lo suficiente la relación entre el fenómeno anarquista y el carlismo rebelde y comunalista de ese siglo. Cómo de aquel campesinado autóctono, resentido contra el liberalismo acaparador, al que robaron el comunal e impusieron las quintas, las fronteras y la emigración, surgió en buena medida la izquierda revolucionaria. Los datos ahí están: los dirigentes anarquistas de Lodosa y de otros pueblos navarros,

fusilados en 1936, eran de familias carlistas. El propio Lucio lo era. El Ateneo Libertario de Allo, principal foco anarquista navarro, había surgido del Círculo Católico Obrero, en el mismo local, con los mismos socios y los mismos dirigentes. Carlistas transformados en anarcosindicalistas, fusilados por requetés y nacionalsindicalistas pocos años más tarde. Navarra era y es así. Como respuesta -más o menos individualista- a las sucesivas derrotas del campesinado navarro, quedó la oposición a las quintas, el contrabando, “los atentados a la propiedad”, la emigración. De aquellas luchas, Lucio Urtubia es una bala póstuma. Heredero de la pólvora rebelde, se encontró disparado en un desierto, y tuvo que iniciar su revolución en solitario, haciéndose un inadapatado al franquismo, un desertor al ejército, un “robador” al Estado, un contrabandista vasco, un emigrante. Luego, en el ambiente propicio de París, fue fácil moldearse en un activista antifranquista, un socorrista social y todo lo que cuenta en este libro. La rebeldía vasca tiene tozudas raíces, de donde surge todo el vergel reivindicativo y solidario que caracteriza nuestro pueblo. Lucio es una rama más y tiene la suerte, tenemos, de que no la cortaran a destiempo, como tantas otras, y podamos disfrutar de sus memorias. Quizás no sea tanta casualidad que la editorial más cercana, y más proclive, la haya encontrado casi junto a su Cascante natal. Ni tampoco es casualidad que juntemos en un mismo catálogo *La Comuna de París*, del paisano Lissagaray, cantor de *Le temps de Cerises*, y Lucio Urtubia, el hombre de *Sustraiak*.

Jose Mari Esparza Zabalegi
Editor

PRÓLOGO
EL SECRETO DE LUCIO

NO CONOCÍ EN PERSONA a Lucio Urtubia hasta el 9 de enero de 2007. Ese día llegó a las ocho de la mañana a Barcelona en el talgo de París, y me llamó por teléfono desde la estación.

—¿Cuál es tu dirección? —me preguntó—. Cojo un taxi y voy para allá; quedamos a la puerta de tu casa dentro de diez minutos.

Ni siquiera sabía dónde vivía yo. Me conocía sólo como el traductor de la biografía suya que publicó Ediciones B en 2001; había conseguido mi teléfono a través de la editorial y me llamó un par de veces con advertencias acerca de pequeños errores del libro francés. Él sacó la impresión de que yo era un buen profesional, y yo la de que Lucio era un hombre que no daba rodeos para conseguir lo que quería.

Al verle por primera vez le reconocí de inmediato por su figura maciza inconfundible; también eran característicos la boina, el jersey gris, los pantalones de pana. La única diferencia con la imagen que yo me había hecho de él era la estatura: un poco más bajo que yo mismo, cuando estaba convencido de que me iba a encontrar delante de un gigante.

Fuimos a desayunar a una cafetería, y puso en mis manos un paquete voluminoso: libros, revistas, fotocopias de artículos, fotografías, y un manuscrito de doscientas sesenta y cuatro páginas minuciosamente escritas a bolígrafo sin dejar casi márgenes, sin puntos y aparte, sin sintaxis, con añadidos intercalados al dorso de muchas páginas. Lucio me preguntó si yo podía hacerme cargo de aquel texto y darle forma.

—Yo no sé escribir —me explicó, con sencillez.

—¿De qué trata? —le pregunté, e hizo un gesto vago.

—De mi vida, de mi forma de pensar, de otras vidas... De todo, en realidad.

Leí la primera frase: «Haré todos mis posibles para transmitir y explicar mi vida...» Hojeé despacio el texto; Lucio lo había escrito tal como habla, con repeticiones y con continuos incisos para seguir una idea o a un personaje que se le cruzaba en el relato; algunas palabras estaban directamente en francés, ponía «empresa» en lugar de empresa, o la «cour» por el tribunal. Pero también me saltaron a la vista algunas frases directas, contundentes, como talladas en granito. Valía la pena intentar conservar aquel estilo.

Yo tenía otros trabajos entre manos, pero ni se me ocurrió decirle que no podía hacerme cargo de aquello: hay complicidades que se establecen de una manera automática, y las veinticuatro horas del día alcanzan para muchas cosas si les dedicas los esfuerzos necesarios. No hablamos de contratos ni de precios, y tampoco de condiciones, sólo de una, los plazos: cuatro o cinco meses, quizá más, porque podía ser necesario ampliar algunos textos, incluir otros episodios. Lucio no puso ningún inconveniente a nada, «tú eres el que entiendes», dijo.

* * *

A primeros de marzo había planeado con Carmen, mi mujer, una escapada a París, para celebrar nuestro aniversario.

rio de boda. Llamé a Lucio para decirle que aprovecharía la ocasión y le llevaría una lista de dudas y de sugerencias, y un centenar de páginas del libro ya corregidas.

—En cuanto pueda, te diré dónde nos alojamos. Estamos buscando un apartamento que salga barato.

—¡Pero qué apartamento! —contestó—. Aquí sobra sitio, venid a casa y ya nos arreglaremos.

Así de fáciles son las cosas cuando se trata de Lucio. Carmen y yo fuimos sus invitados en el piso alto del Espace Louise Michel, y comprobamos que la casa de Lucio está siempre abierta a todos, que la gente del barrio entra a cualquier hora a saludar, con la mayor naturalidad. Un día hubo una reunión sobre los presos, anunciada con pasquines por las calles del barrio, y la sala del Espace se llenó de gente. Pasaron una filmación de una entrevista a una activista de Acción Directa, liberada por motivos de salud, que moriría poco después. Durante el acto conocimos a Héliette Besse, el hada madrina de los presos de AD, una mujer que impresiona por su abnegación absoluta. Su ropa, su peinado, sus gestos, no tienen para ella la más mínima importancia: vive a través de sus ojos alucinados y llenos de compasión, y de sus palabras, humildes y directas.

En la misma rue des Cascades y en las calles vecinas tuvimos ocasión de ver a los grupos de adolescentes que describe Lucio en su libro, sosteniendo las paredes con las espaldas, fumando y escupiendo cada dos por tres en el suelo; todos llevaban la cabeza cubierta con la capucha, y las manos enterradas en los bolsillos del anorak. Cuando pasábamos delante de ellos, saludaban: «Ça va, Lucho?» Y Lucio contestaba con un gruñido: «Ça va.»

El jueves por la noche Lucio nos llevó a cenar a un bistro muy próximo al parque de Belleville. Aún no habíamos entrado y salieron corriendo a la calle para saludar a Lucio el patrón y el cocinero. Mientras cenábamos, se instaló en el

fondo de la sala con su organillo un artista enorme, Riton-la-Manivelle, que distribuyó entre los presentes unos cuadernillos con letras de canciones y empezó a cantar, mientras daba de manivela, un repertorio eterno: Piaf, Ferré, Brel, Brassens, Mouloudji, Gainsbourg, el Chant des partisans, L’Affiche rouge, canciones canallas y jivas para animarnos a bailar. Los asistentes confraternizamos como si nos conociéramos de toda la vida, Lucio coreaba las canciones con su vozarrón, y Carmen y yo hicimos lo mismo con las que conocíamos. Fue una velada larga y animada, y a la salida, mientras disfrutábamos del panorama de París iluminado desde lo alto de Belleville, Lucio y yo rivalizamos cantando a dúo una semirrecordada canción anarquista italiana sobre Caserio, el hombre que apuñaló en Lyon al presidente francés Carnot. Para Lucio las canciones son siempre algo especial; en el libro lo dice muchas veces, empezando por las que entonaba en familia delante de la casa de Cascante, al fresco, en las noches de verano de los años cuarenta.

A Cascante fuimos Carmen y yo en los primeros días de mayo de 2007, ya con la reescritura del libro muy avanzada. Los dos habíamos dedicado muchas horas a aquel proyecto, y nos referíamos a él con una muletilla de Lucio: «No es trabajo, es un placer.»

En Cascante conocimos a tres hermanas de Lucio, Satur, Ángeles y Pili; a algunos sobrinos, y a vecinos, amigos y conocidos. Charlamos, y sobre todo escuchamos, noticias de los viejos tiempos y de la guerra civil. Sin rencor, como predica Lucio, pero sin olvido.

Hubo tiempo para algunas sorpresas; no citaré la más grande, porque no me pertenece a mí, pero sí la que me produjo ver mi apellido materno dando nombre a un muy interesante club cultural del pueblo: Lecea o Leitsea, «La Cueva». Y frente a la portería del precioso monasterio cisterciense de Tulebras, a tres kilómetros de Cascante, la casualidad nos puso delante de Eulalia Echaúz, gran poeta de ochenta y

cinco años, que tuvo la bondad y el buen humor de recitar para nosotros algunos de sus versos.

También hubo tiempo para comentar los resultados de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas, que acababan de tener lugar. Poco nos imaginábamos que Bernard Kouchner, citado elogiosamente en varios pasajes del libro, iba a convertirse pocos días después, objetivamente, en un ministro de la derecha, en una decisión personal acogida por Lucio con estoicismo («la proximidad al poder es siempre corruptora») y con una indignación arrasadora y hermosa por Anne Urtubia, «soixante-huitarde» consecuente (es decir, seguidora convencida del espíritu de Mayo del 68).

Y desde Cascante dimos un salto a Valcarlos; paseamos por el barrio de Pekotxeta, nos hicimos fotos delante de la que fue casa de Alfonso, el hermano mayor de Lucio, y cruzamos la frontera de Arnegi por uno de los puentes sobre la Gave. Las aduanas están hoy cerradas y desiertas, pero aún es posible entender lo que fue aquello en otra época: un rincón de espaldas a dos países, una tierra de nadie, una válvula mitral que transfundía de aurícula a ventrículo y viceversa la rica sangre del contrabando. La mirada virgen del joven Lucio tuvo que captar allí toda la brutal contradicción de un paisaje paradisiaco dividido en dos por una ficción, una frontera, algo que no se ve y no se toca pero que tiene efectos decisivos sobre una comunidad que se sigue expresando en euskera pero se rige por leyes distintas y aprende en la escuela el español o el francés, según esté en uno o en otro lado de la raya invisible. Una ficción que puede llegar a enfrentar, fusil en mano, a los jóvenes de una parte y de otra, en función de intereses lejanos y poco comprensibles. Una ficción que puede suponer para una persona un peligro muy real o un refugio, la ley o la ilegalidad, la vida o la muerte.

Valcarlos fue para el joven Lucio una escuela llena de ejemplos prácticos, de guías personales de conducta. Una de sus frases favoritas, «Yo no creo en nada pero creo en todo»,

pudo nacer de la observación atenta de la vida en aquel microcosmos.

* * *

El lector puede leer como prefiera este libro inclasificable: como unas memorias muy libres, como una novela barrojana que habría podido llamarse Urtubia el aventurero, o incluso como un muy poco convencional manual de autoayuda. También es la apasionante crónica interna de una guerra desigual conducida por un auténtico heredero de Robin Hood, desde el bosque de Sherwood de los mil domicilios y escondites parisinos de Lucio, para expropiar a los poderes económicos y repartir el botín entre los necesitados; la historia finalizó en este caso de un modo ejemplar, con un solemne tratado de paz, como se estilaba entre las grandes potencias.

Pero lo que importa ver, sobre todo, en estas páginas, es un documento vivo que arroja luz histórica sobre una época y una geografía concreta, y desgrana una vida singular que es al mismo tiempo, como las de todos los humanos, muchas vidas.

«Yo no soy más que nadie», repite varias veces Lucio en el libro. De acuerdo, no lo es, pero su figura y la sombra generada a lo largo de los años por sus extraordinarias actividades han fascinado por igual a sus amigos y a sus enemigos. Sólo voy a dar tres ejemplos significativos: el director teatral Albert Boadella dijo de Lucio que «es un Quijote que no luchó contra molinos de viento, sino contra gigantes de verdad»; el capitán de la gendarmería Paul Barril lo describe como una especie de Conde de Montecristo; y el magistrado Louis Joinet, para escándalo del mismo Barril, llevó su elogio aún más lejos: «Lucio representa todo lo que yo habría querido ser».

Ninguna de las tres declaraciones puede ser tomada sin más al pie de la letra. Para empezar por la última, sin duda Joinet no intentaba decir que le habría gustado ser campesino, desertor, contrabandista, albañil, atracador de bancos,

falsificador, o todas esas cosas juntas. Luego explicaré lo que a mí me parece que pretendió expresar con esas palabras, si las he interpretado bien.

Para Barril, Lucio fue el cerebro que movía los hilos de una organización de malhechores con ramificaciones internacionales; como Montecristo, el héroe novelesco de Alejandro Dumas, Lucio disponía para sus fines de riquezas sin límite, el fabuloso «tesoro de Lucio», el «tesoro de guerra de la CNT» consistente en oro, divisas fuertes y obras de arte de primerísima categoría. Junto a otros activistas de distintos países, se dedicó a promover y financiar el terrorismo y la agitación contra el orden constituido, en todo el planeta. Barril no cree en las manos manchadas de yeso de Lucio, y considera que su humildad delante de jueces y fiscales era tan falsa como el francés incorrecto en el que se expresaba: todo eso no es para él más que «un hábil disfraz». Barril habla de Lucio con temor y con respeto, como de uno de los delincentes verdaderamente grandes y peligrosos con los que se ha tropezado en su carrera; sin embargo, comete serios errores al evaluar las actividades del grupo de Lucio y los medios financieros con los que contaba, y es lícito sospechar que, si insiste tanto en la fuerza de su enemigo, es sobre todo para realzar sus propios méritos.

La comparación que hizo Albert Boadella de Lucio con Don Quijote es tan feliz, tan sugerente, que decenas de periodistas la han repetido y adornado en sus entrevistas o en las reseñas al libro de Bernard Thomas. Pero es una frase tan brillante como vacía de sustancia. Al fin y al cabo Don Quijote era un loco, estaba solo, no quería entender que la edad de oro con la que soñaba ya no existía, fracasó; y Lucio no estuvo nunca loco ni solo, supo adaptar su modo de actuar a la altura de las exigencias de la sociedad tecnológica, y tuvo éxito, por lo menos durante cierto tiempo.

Vuelvo a la frase de Louis Joinet, porque en ella se resume, a lo que entiendo, el secreto de Lucio, la clave de la fasci-

nación que ejerce sobre quienes lo conocen. Joinet es hoy primer abogado general en el Tribunal de Casación, y un hombre que lleva sobre sus hombros la toga del segundo magistrado de Francia con una humildad personal, una libertad de espíritu y un sentido del humor sin parangón posible. Para describirlo es suficiente una anécdota, y el lector la encontrará en el libro: fue el hombre que invitó a cenar a Lucio, primero en Matignon, la residencia del primer ministro, y más tarde en el Elíseo, el palacio presidencial; y lo hizo por amistad, pero también como un recordatorio personal de para quién se ejerce el poder, y al servicio de quién deben estar los gobernantes.

¿Qué es lo que Louis Joinet, toda una personalidad pública y reconocida, echa de menos en su propia vida, y encuentra en la de Lucio Urtubia? Yo creo que es la libertad. Libertad es una palabra que se emplea mucho en el mundo de hoy, pero casi siempre mal. Hay quien apela a la libertad para dejarse hundir en la adicción a las drogas, y quien en nombre de la libertad religiosa reclama privilegios para una sola religión. Lucio tiene una idea alta, militante, exigente, de la libertad: para defender la posibilidad de ser libre, hay que estar dispuesto a perder la libertad, viene a decir en un pasaje del libro. Ser libre es para Lucio desobedecer sin complejos a un poder arbitrario, conquistar la independencia a través de la dura práctica de un oficio, no olvidar la solidaridad con los desheredados, dar y recibir a manos llenas las riquezas que la vida pone en nuestras manos. En una palabra, grata al vocabulario anarquista: autogestionar la propia vida. Sin dejaciones, sin complacencias, sin condescendencias, sin blanduras.

Esa libertad interior no es una conquista fácil, y Lucio la ha alcanzado. Este libro explica paso a paso cómo lo ha hecho. Sé bienvenido pues, amigo lector, a la vida de Lucio, a su secreto. Bienvenido a la utopía.

Francisco Rodríguez de Lecea

PRESENTACIÓN
MI VIDA SON MUCHAS VIDAS

HARÉ TODOS MIS POSIBLES para transmitir y explicar mi vida, una vida larga y llena de otras vidas compartidas con muchas otras personas. Todo ese proceso ha ido poco a poco haciendo de mí lo que soy, humildemente: un feliz hombre descontento.

Mis muchas vidas están llenas de aventuras y de una gran cantidad de trabajos y esfuerzos físicos y mentales que me han permitido apreciar a fondo los placeres pequeños y los mayores, y darles todo el profundo valor que tienen para nuestro vivir.

Esto me lleva a analizar mi comportamiento a lo largo de la vida, y muy especialmente mis acciones, unas inesperadas y otras meditadas. ¿Por qué digo inesperadas? Porque te salen al paso y las encuentras inesperadamente, y cuando las realizas tienen un resultado también inesperado: locuras, milagros, utopías, todo ello inexplicable, pero muy cierto y muy real.

No guardo rencor a nadie por las detenciones y encarcelamientos que he sufrido desde mi niñez, y suelo decirme

que también esos contratiempos han hecho de mí lo que soy. Si hubiera odio dentro de mí, no me soportaría. Mis fundamentos están en mi propia experiencia, pero también en todo lo que me rodea y me ha rodeado: aquello que vive a nuestro lado y nos hace vivir.

El valor de la utopía

Somos como un motor que funciona con gasolina; si ésta falta, no anda. Las utopías nos son indispensables, hoy más que ayer. Para avanzar, debemos descartar todo aquello que nos hace acomodarnos a lo que ya somos; buscar lo distinto, lo que no es igual. Vivir sin buscar lo nuevo, lo distinto, produce cansancio; nada de lo que te propones tiene valor. Tal vez lo tenga para otros, no para mí.

Vivir de ese modo es parecido a lo que nos ofrece el cine: cuando lo vemos parece la verdad, pero no lo es. La verdad hemos de buscarla fuera del cine.

La verdad utópica nos parece a primera vista increíble, pero existe y es posible vivirla. ¿Cómo haremos para conseguir que la vea la gente que es ciega y no ve? Qué hermosura ver, para el que ha estado muchísimos años ciego.

La paciencia forma parte de la inteligencia, pero es necesario tenerla y practicarla, aun sin andar. No por correr llegas antes, y si te paras no andas, y si no andas no llegas. Aun sin correr, a veces llegas. Nada puede darse por sentado y nada es seguro. La vida es así, no debes parar nunca, si lo haces todo se acaba.

Todo lo que hacemos en la vida es necesario, forma parte de un engranaje que nos permite rodar y avanzar más allá. ¿Cuándo tenemos razón? Si hoy no, mañana. Nunca tenemos razón al cien por cien, y eso es algo que deberíamos saber siempre.

La suerte de ser pobre

Yo me digo que mi suerte fue el ser pobre. Si no hubiera sido así, ¿dónde estaría mi libertad y cuál sería la de los otros? Yo afirmo mi libertad, creo en mi libertad, porque en ella hay una lucha para ir más allá de mí mismo. Todo es lucha, sin ella no se puede llegar a ninguna parte. Y peor para los que cuando nacen ya han llegado, a ellos no les queda nada por hacer, por descubrir. Los que han llegado no tienen nada que probar, ya son; esa es su desgracia. Mientras que quienes queremos ir más allá, descubrir nuevos horizontes, nos vemos obligados a buscar en nuestro interior algo que no sabíamos que estaba allí, la fuerza, el empuje para avanzar, para recuperarnos o para empezar a ser de nuevo. Tenemos que desear y sufrir, o resignarnos a continuar sin ser.

Mi suerte y mi riqueza están en lo que me ha faltado, en ese continuo querer llegar, o querer ser, simplemente. Para ser, hay que pagar. ¿Dónde podemos obtener lo necesario para pagar el precio de ser? En nosotros mismos, en nuestra convicción y determinación. Nada es quien no posee esa convicción necesaria, ni en sí mismo ni en sus posibilidades para avanzar y progresar en la vida, sin dejar nunca que ella le desborde.

Ser con todos

Cuando reclamo a los míos, a los de mi clase, que se atrevan a ser, es porque ellos poseen lo necesario, lo indispensable para avanzar. De nada sirven esas potencialidades si duermen eternamente. De nada sirven todas las riquezas, si están inutilizadas. Si queremos ser, seremos con todos, con todo el mundo, o no seremos. No es posible ser uno si falta la mitad.

Es una falta de respeto a los demás el no seguir empujando conjuntamente. La progresión no puede venir sino de

aquellos que han recibido de la vida lo necesario para aportar soluciones. De donde no hay no se puede sacar, si no hay, no se puede dar.

Es verdad que nuestra vida ha mejorado mucho, pero al mismo tiempo hemos contribuido al hundimiento de otros países y continentes. Eso es algo que no nos ha causado, en ciertos momentos del pasado, ningún remordimiento. El mundo era así, robar a los países pobres formaba parte de una lógica. La lógica del capitalismo internacional, desde luego, pero yo pienso que también jugó un papel importantísimo otra concepción, el nacionalismo, mejor dicho algunos nacionalismos, que impulsan a los países a sobresalir, a avanzar, aunque sea por el procedimiento de hundir a otros.

Todos conocemos a individuos que son diferentes, se comportan bien y decimos de ellos: es una buena persona. La balanza se inclina en su caso del lado de lo positivo, lo bueno. Colectivamente, el ser humano en general hay veces que se comporta bien y de forma inteligente, pero otras muchas no. Incluso quien se comporta bien como individuo, en el plano colectivo puede apoyar comportamientos insolidarios, contrarios a su forma de actuar de cada día. El egoísmo de las naciones es una idea nefasta, sostenida por gentes de buena fe; pero hemos de saber que sólo avanzaremos de verdad cuando avancemos todos juntos, países ricos con países pobres.

Mi forma de pensar

Quiero precisar más mi forma de pensar. En tanto que libertario, las ideas de contestación me parecen necesarias para el progreso de nuestra inteligencia; ellas representan la honradez en el saber, y un comportamiento no corrompido. Todo eso y mucho más. El pensamiento libertario es necesario, tenemos la suerte de contar con él. Tenemos a nuestra

disposición riquezas inmensas, y hemos de saber cómo las utilizamos. Todo depende de cómo lo hagamos. El tener es una cosa indispensable, pero de nada sirve si no se utiliza bien lo que se posee, si no sabemos utilizarlo.

Como individuo, defendiendo mi propia forma de ser. Cuando formamos parte de una organización cambiamos, ya no somos los mismos. Sería muy importante saber por qué las gentes se adhieren a ciertas organizaciones o partidos, incluidas las religiones. Yo creo que la primera idea fija del ser es la de hacer el bien al prójimo. Esta solidaridad es buenísima para cada uno, por serlo también para todos. Al dar recibes, y mi experiencia me lo ha confirmado.

Sin embargo, el formar parte de una organización que se dice seria, en mí no cuaja, no me va. Mil veces he observado que la gente que no hace nada, ni da nada, es la más presente en todo para los cargos. La historia nos prueba, particularmente en Francia, que no es necesario ser inteligente para ser presidente.

Somos lo poco que cada uno somos, nada comprendemos y nada podemos explicar. Lo único que poseemos es algo interior, llamémoslo coraje o ignorancia. Ese algo nos hace ser y creer que somos. Todo se mueve, la Tierra avanza, y los individuos y las clases sociales, también. Pero unos avanzan en la dirección del progreso, y los otros en la dirección contraria: retroceden.

Contrariamente a un dicho muy extendido, no siempre cosecha uno lo que siembra. Esto me lo ha enseñado la experiencia vivida, pero en definitiva, después de haber tenido detrás a miles de agentes represivos que me buscaban «por tierra, mar y aire», según la expresión de cierto policía muy importante y conocido, veo justificados todos los esfuerzos y penalidades pasadas hasta el día de hoy. Quizá mi vida viene a ser una muy modesta prueba de que las ideas libertarias están vivas y hacen vivir.

Tal vez ocurre que, para apreciar mejor la vida, es necesario lo contrario, el sufrimiento, el mal vivir. Las únicas seguridades que nos da la vida son las de que nos falta lo necesario. A mí me faltó comida, vestido, y sobre todo la escuela, tan indispensable. Sabíamos que todo lo que no teníamos existía, que estaba a la disposición de otros. ¿Por qué, cuando somos tantos habitantes en el mundo, no producimos y distribuimos lo necesario, lo suficiente, para todos?

Mi vida no me pertenece sólo a mí

Yo no puedo ni quiero hacer creer a nadie que todo lo que hice lo hice solo. Nunca estuve solo, siempre hubo mucha gente a mi lado, trabajando y ayudando. Por eso insisto en afirmar que nada de mi vida, de lo que he vivido, es mío ni me pertenece en exclusiva. Pertenece a todos, y muy particularmente a mis amigos los libertarios, y a los trabajadores, que han acumulado a través del trabajo el saber indispensable para crear y hacer. Nada me pertenece a mí solo, todo nos pertenece a todos nosotros. Y como se puede comprobar al leerme, fui muy poco a la escuela, y por esa razón no tuve la ocasión, ni de saber más, ni de ser otro. Y esta ceguera tal vez me ha hecho conservar una ignorancia que me fue necesaria para realizar ciertas acciones. Esa es mi justificación personal, pero estoy convencido de que lo único que nos permite avanzar de verdad en la vida es la cultura y la educación, con todos los peros que podemos poner a la educación que se nos da. Puedo explicar lo que he hecho, pero no defenderlo. Todo lo que hice fue en función de la pobreza en que vivía y del deseo de superarla, para mí y para muchísimos otros como yo. Hasta hoy no creo haber tenido creencias religiosas, pero sí me he preguntado muchas veces ¿por qué? Y nada, ni nadie, me ha dado respuesta.

Si hubiese sido muy espabilado, no me hubiese lanzado a las empresas que he creado, o en las que he participado.

Todo eso me hace pensar en lo utópico, en los actos imposibles de explicar, pero que son realizados y vividos por los pobres. Los intelectuales se atreven muchas veces a explicar lo que yo califico de inexplicable, y eso me hace pensar que es muy poco lo que sabemos, y muy poco lo que debiéramos afirmar de no estar segurísimos de lo que hablamos. ¿Por qué lo digo? Porque nos dan miles de explicaciones distintas, y con miles de errores. Leo las cosas que explican de mí algunas personas importantes, y sé que no son ciertas; y si las explican dos, cada explicación es distinta de la otra, y cada una contiene errores distintos.

De mis relaciones o amistades, las unas conseguidas a través de mi trabajo y las otras por mi comportamiento diario, quiero decir que todos me han ayudado y me han creído. Seguramente han tenido sus momentos de duda, o de ignorancia, pero ello no les ha impedido nunca creer en mí.

La vida es corta, cortísima si se tiene en cuenta el tiempo que pasamos durmiendo. Hoy, a mis setenta y seis años, creo no tener envidia a nadie de nada. Deseo más justicia para todos, y más comprensión también. Saber que si das, también recibes. Si tuviese que empezar nuevamente mi vida, haría más o menos lo mismo que he hecho.

Así pues, trataré de explicar mi vida, rica de otras vidas, rica de aventuras, de trabajos y de placeres; mis actos realizados con éxito, actos utópicos, inexplicables hasta cierto punto, a veces actos de locura, increíbles pero verdaderos; mis muchas detenciones y encarcelamientos, desde niño, por motivos a veces sin importancia, y mi lucha en contra de todos los sistemas establecidos, aunque se llamen socialistas.

PRIMERA PARTE
DE DÓNDE VENGO Y QUIÉN SOY

Mis abuelos

MI ABUELO POR PARTE DE PADRE, Doroteo Urtubia, fue un campesino, fuerte en lo físico y gran trabajador en todo; recuerdo siempre sus manos de segador. Fue un fiel carlista, como se suele decir, de pura cepa, y transmitió sus ideas carlistas a sus tres hijos, Tomás, Amadeo y Bautista. El carlismo nunca fue revolucionario, pero sí defendía ciertos valores, entre ellos la separación e incluso la independencia de Castilla. La familia de los Urtubia se había distinguido ya siglos atrás como defensora de Navarra, cuando ésta se extendía casi hasta Burdeos, Burgos y Soria. Hay que tener en cuenta que, antes de que Francia y España existieran como tales naciones, ya existía el reino de Navarra, según los historiadores.

Mi abuelo Doroteo era un hombre religioso, pero no fanático. Iba a misa todos los domingos y comulgaba una o dos veces al año. Tenía muchos amigos, y todos los domingos hacía sus meriendas con ellos en las tabernas. En aquel entonces, casi todos sus amigos eran de tendencia carlista,

nadie se metía con nadie, y había un gran respeto por la Iglesia.

Los amigos de mi abuelo eran todos trabajadores, algunos de ellos pequeños propietarios, y otros jornaleros o campesinos. En esas meriendas o reuniones no había ningún agricultor rico. La gente pudiente no se mezclaba con los trabajadores, con la gente más pobre.

Recuerdo muy bien a mi abuelo Doroteo, pues al empezar la guerra civil fuimos la familia entera a vivir con él, a su casa, y mi abuelo demostró querer con locura a sus nietos.

Ni mi tío Tomás ni mi tío Bautista tenían hijos, y que fuéramos a vivir con el abuelo ocasionó algunos celos y enfados. Pero no se debe olvidar que tal vez el hecho de vivir con el abuelo pudo salvar las vidas de mi padre y de mi madre.

Mi abuelo, sin meterse con nadie, continuó siendo carlista; los dos tíos y mi padre lo habían sido también, pero ahora eran socialistas, particularmente mi padre, segundo alcalde de Cascante después de haber sido secretario del sindicato de la UGT. Mi tío Bautista fue nombrado cabo de guardas en la República. Mi tío Tomás fue siempre apolítico.

Por su parte, Claudio Jiménez, mi abuelo materno, era el administrador de una de las familias riquísimas de aquel entonces de Cascante, con una gran hacienda de tierras y casas, sólo en el pueblo, con una reata de mulas y caballos para laborear y hacer los trabajos agrícolas, un molino de aceite o trujal y una inmensa bodega. El dueño de aquellas propiedades se llamaba Martín Guelbenzu, pero mi abuelo y toda la familia de mi madre le llamaban Señor Amo.

El Señor Amo, además de ser hacendado, se presentaba a la Diputación con la etiqueta de liberal. En la opinión común, la política liberal era más progresista que la de los carlistas, pero lo cierto es que, entre los unos y los otros, los dos bandos poseían la mayor parte de las riquezas del pueblo y

todo era intocable. El reparto de la propiedad estaba prácticamente inmovilizado desde varios siglos atrás, y las pocas familias que poseían las haciendas estaban todas o casi todas emparentadas entre ellas.

Mi abuelo Claudio solía ir a los pueblos cercanos, Corella, Fitero, Cintruénigo, Castejón y otros, con un caballo y un carro, y llevaba el dinero y la responsabilidad de comprar los votos para el candidato liberal, bien en dinero, bien en especies, un saco de alubias por ejemplo. Por eso en el pueblo y en la familia de mi madre muchas veces hablaban del abuelo Claudio como de un hombre honrado y ejemplo para todos.

Mi abuelo Claudio tuvo dos hijos varones y a mi madre. Mi tío Elías era muy de derechas, y mi tío Santiago, republicano, pero los dos se criaron en el ambiente del Señor Amo.

En aquel entonces los abuelos y los nietos vivíamos juntos, los abuelos nos transmitían la historia. El amor era el mismo de hoy en día pero los abuelos morían en casa junto a sus hijos e hijas. Hoy mueren abandonados de la familia en asilos y hospicios. Es preferible, y con más vida, la cárcel que el hospicio, lo digo por experiencia.

Mi madre

¡Ay!, cómo me gustaría saber escribir bien, para expresar los elogios que merece mi madre Asunción. Lo que voy a decir de ella en particular puede aplicarse también a muchas otras mujeres de entonces. Todas lo merecen, por todo lo que nos aportaron sin que en eso haya habido diferencia por la condición social, la riqueza o pobreza de cada una, y su capacidad de comprensión o inteligencia.

¿Cómo recuerdo a mi madre? Se había criado con don Martín Guelbenzu, su Señor Amo, y fue educada por mis abuelos, Claudio y María, en el respeto a lo establecido y sobre todo en el trabajo de la casa, donde sabía hacerlo todo:

cocinar, coser, lavar, fregar y hacer la limpieza, y traer al mundo seis hijos y darles una educación, particularmente religiosa. Todo ello lo aprendió mi madre de muy jovencita, en buena parte a través de su poquísima escolarización en la escuela de las monjas.

Así era en aquellos tiempos. Los niños y las niñas frecuentaban las escuelas sólo hasta los ocho o nueve años. Me refiero, claro está, a los niños pobres. Muchas enseñanzas eran transmitidas por los abuelos y abuelas. Nuestras madres, las mujeres de entonces, tuvieron la inteligencia de asimilar todo cuanto se les transmitía y la fuerza y el coraje necesarios para llevarlo a la práctica; y también supieron conservar el amor hacia sus padres ancianos. Desde muy niñas, eran ellas quienes se ocupaban de los abuelos.

Cuando miro hacia atrás, cuando pienso en mi madre y en las mujeres de entonces, yo personalmente me siento muy pequeño. Mi físico no alcanza para poder hacer o soportar todos los esfuerzos durísimos que ellas hacían a diario, y creo que muchos preferiríamos terminar con nosotros mismos antes que soportar todo lo que padecieron nuestras madres. No sé por qué hemos callado sobre todo ello, que es un honor para nosotros. Si los varones nos hemos impuesto, no creo que haya sido por nuestro mayor saber o nuestra inteligencia, sino por la fuerza física, que es necesaria, pero nunca debe ser superior a la inteligencia y la resistencia que han demostrado las mujeres, nuestras madres.

Hasta la sublevación militar, éramos cuatro hijos: Alfonso, Satur, Lucio y María. Mi hermana Ángeles nació en el mismo año 1936, y mi hermana Pili, años más tarde.

En contacto con mi padre, mi madre adquirió una mayor confianza en ella misma, y ciertos valores. Mi padre había dejado de ser carlista hacía ya tiempo, debido en buena parte a la cárcel. Las cárceles de aquella época eran una escuela de anarquistas y de socialistas.

Al estallar la guerra civil, mi familia sufrió los inconvenientes de que mi padre fuera el segundo alcalde, y mi madre vio cómo sus patronas, las hijas del Señor Amo, junto a las que había crecido, de la noche a la mañana vestían el uniforme de Falange, con el correaje y las flechas. Para ella fue un gran trauma ver a gentes que apreciaba y creía conocer bien, vestidas así de un día para otro. Se fue de la lengua y las insultó por haber cambiado sin más, y de ese modo llegó lo que tenía que llegar. Por medio de alguien, supo que los falangistas la buscaban; y es que en Cascante, como en toda la Ribera de Navarra, a las mujeres conocidas como republicanas, los falangistas les cortaban el pelo al rape y les obligaban a beber aceite de ricino. Las hacían desfilar por el centro del pueblo como en un encierro, hasta que el cólico hacía que no pudieran evitar hacer sus necesidades delante de toda la gente.

Varias veces vinieron a buscarla, pero mi madre se agenció un escondite en la pocilga del cerdo y nunca pudieron encontrarla. Estaba entonces embarazada, ya muy avanzada, de mi hermana Ángeles, y cuando salió del escondite, se encontraba muy mal y jamás pudo curarse de los nervios. El temblor del brazo izquierdo le duró toda su vida, y no podía sostener ningún peso con esa mano.

Fue entonces cuando nos fuimos todos a vivir con el abuelo Doroteo, en busca de una mayor protección. Mi madre dio a luz a mis dos hermanas pequeñas en aquella casa y empezó a ocuparse de los dos abuelos, Doroteo y María, y de la tía Gala, enferma. Los abuelos ayudaban en lo que podían, pero la tía no hacía más que rezar en voz alta las mismas oraciones durante horas y horas.

Mi madre se levantaba a las seis de la mañana y encendía el hogar con sarmientos para preparar el puchero, que hervía durante horas y horas, y en el que echaba lo que buenamente podía para la comida de todos. También cosía la ro-

pa de mis hermanas y los pantalones y camisas para los hombres, mi padre y nosotros. Algunas veces nos hizo zapatos.

La mujer de entonces hacía milagros. Los esfuerzos de nuestras madres fueron increíbles, no se pueden explicar ni comprender, sin menospreciar a nadie. Creo que nos falta un buen trecho para llegar a igualar los méritos y el valor de aquellas mujeres. Nos hemos olvidado, o no hemos sabido en muchas ocasiones, decir nada o casi nada de las riquezas que atesoraban, de los esfuerzos diarios que hacían. Incluso iban a pie a pueblos lejanos en busca de unos kilos de alubias o de patatas, o de lo que pudiesen encontrar para dar a sus hijos. Hacían de todo, salvo pedir limosna.

No quisiera olvidarme de decir que en nuestra tierra, desde varios años antes de 1936, la mujer también votaba en las elecciones. Había conquistado su derecho de voto como los hombres. La mujer francesa sólo obtuvo el derecho a votar en el año 1945, y sin embargo en Francia también había habido un Frente de izquierdas llamado Popular, pero éste, constituido por socialistas, comunistas y radicales, poco o nada hizo por la mujer. Sin pretender ser más que nadie, debemos reconocer que aquí había movimientos revolucionarios, y sobre todo una organización anarquista, la CNT, muy importante, y se transmitían sin cesar las ideas de emancipación. Aunque éramos pobres, y en la Ribera de Navarra en particular muy conservadores y religiosos, también había allí algunas fábricas, y eran muchas las gentes que pensaban y luchaban por las grandes ideas del progreso, el socialismo y el anarquismo.

Podemos decir que entonces, en un Estado más pobre y menos industrializado que Francia, se pusieron en práctica ideas heredadas de allí, muy en particular las del sindicalismo revolucionario o anarcosindicalismo.

Mi padre

Mi padre Amadeo Urtubia, campesino y obrero de toda la vida, fue carlista hasta que salió de la cárcel. Trabajador y con un temperamento muy apasionado, se libró de hacer el servicio militar por tener los pies planos. Como la gente pobre de entonces, fue a la escuela y aprendió a leer y a escribir. Su vida cambió siendo mozo mayor de edad.

Un Primero de Mayo, los liberales de Cascante hicieron una manifestación. Ese día, como sabemos, era el escogido para recordar a los mártires de 1886 en Chicago, o sea los anarquistas de entonces. La AIT proclamó el Primero de Mayo un día de lucha; nada que ver con la jornada festiva de hoy. También extendió en todo el mundo la reivindicación de no trabajar más de ocho horas, y dedicar otras ocho a la educación, y las restantes al descanso. Todos sabemos lo que son hoy los Estados Unidos, pero en esos años era un país que crecía a costa del sudor de los inmigrantes pobres que llegaban muertos de hambre desde todas las partes del mundo, de Europa en particular, para buscar allí una nueva vida con más oportunidades.

En ese día señaladísimo para los trabajadores, mi padre, que no aceptaba nada venido de fuera de nuestra región, Navarra, y del carlismo, se manifestó en contra de los liberales con un arma en la mano; entró en la iglesia, empezó a tirar contra los liberales que se habían refugiado allí, y hubo varios heridos. Mi padre fue detenido, juzgado y encarcelado, y pasó bastante tiempo en las cárceles navarras. Al salir, ya había dejado de ser carlista. Las cárceles de entonces estaban repletas de presos anarquistas y socialistas, es decir, de las dos organizaciones que han hecho nuestra historia. Y muy particularmente los anarquistas, pues sabido de todos es el comportamiento que han tenido en ocasiones los dirigentes socialistas.

Mi padre entró carlista en la cárcel, y salió de ella socialista. La mejor escuela revolucionaria de entonces era la cár-

cel. Todos los revolucionarios pasaban por ella. Al volver mi padre a Cascante, lo eligieron secretario local de la Unión General de Trabajadores. Así ocurría en aquella época: había que haber probado la cárcel para ser alguien. Años más tarde, mi padre fue elegido segundo alcalde, presentado por el Partido Socialista. El primer alcalde era el señor Romano, un buen hombre, pero no un revolucionario. Este hombre decentísimo, republicano, años después fue fusilado por los fascistas, con la complicidad de la Iglesia.

Mi padre, como segundo alcalde, se empeñó en conseguir llevar el agua potable corriente a todas las casas del pueblo; esto me lo confirmaron más tarde gentes de derechas que tuvieron cargos en el ayuntamiento. No pudo realizar enteramente su sueño; años después el agua que llegaba al pueblo era aún insuficiente para el consumo, y había que ir por ella a Tudela o a Tarazona, con un carro y un burro o macho.

También mi padre fue el responsable del reparto de las parcelas. Éstas pertenecían, según mi poco saber, a los montes comunales; las parcelas fueron repartidas, con igualdad de robadas de tierra, entre los campesinos pobres, para que individual o conjuntamente las cultivaran. Aquello fue un gran paso para beneficio de los pobres. Mi padre no quiso elegir parcela hasta que todo estuviera ya repartido, de modo que se quedó con la peor: la tierra era malísima, y nunca se pudo cultivar o producir nada.

Un invierno de mucho frío, el Ayuntamiento organizó un rancho a base de patatas para los más necesitados. Mi padre era quien distribuía las raciones. Mi hermana Satur se acercó a ver qué pasaba, y mi padre se puso nervioso al verla y le dio una pequeña bofetada para que se marchase, porque pensó: «Yo soy el responsable de la distribución. Si la gente ve a mi hija aquí cerca, van a pensar que ha venido a buscar comida para casa y que me estoy aprovechando». Mi padre

tenía ese orgullo, y como él, he conocido a montones. Pero lo cierto es que en los momentos en que mi padre distribuía el rancho para los otros, mi madre no tenía nada para darnos a nosotros.

En otra ocasión, mi padre se enfrentó en la calle a sus amigos de izquierdas, que estaban muy excitados en contra de un cura llamado Don Victoriano, un mal hombre. Mi padre lo defendió, diciendo que no iba a tolerar ningún crimen y que estaba dispuesto a morir antes que consentir ciertas violencias. Ese mismo sacerdote, años más tarde, se levantaba temprano para borrar el nombre de mi padre de las listas previstas para el fusilamiento.

También quiso mi padre proteger de incendios o fechorías un retablo dedicado a San Bernardo de Claraval, muy venerado y valioso, del siglo diecisiete, que había en la iglesia de Tulebras, pueblo pequeño próximo a Cascante. Mi padre requisó la imagen y la tuvo unos días encerrada bajo llave en el único lugar seguro que se le ocurrió, la cárcel. Pocos días después, cuando el peligro hubo pasado, devolvió el retablo a su lugar, pero el gesto fue mal entendido por la gente religiosa y de derechas. Se corrió la voz de que Urtubia había encarcelado a San Bernardo, y durante muchos años no sólo mi padre, sino toda nuestra familia, estuvimos mal vistos en Tulebras.

Otra intervención sonada de mi padre ocurrió en un altercado entre la Guardia Civil y un grupo de gente de izquierdas. Mi padre no tuvo miedo, desafió a los guardias civiles y les dijo: «Si tienen cojones, hagan conmigo lo que han hecho en Arnedo y en Casas Viejas». Parece que eso hizo reflexionar a los guardias civiles, y los ánimos se apaciguaron.

Durante la guerra impusieron trabajos forzados a mi abuelo, a mi padre y a mi hermano Alfonso que era aún un chaval, y en casa no teníamos nada de nada, pero aquel era un castigo preferible a la cárcel, o a ir al frente.

Mi padre tuvo que ir al frente, a segar en medio de los republicanos de un lado, y los falangistas del otro. Eso significaba segar entre las balas. En el pueblo, durante mucho tiempo lo obligaron a trabajar gratuitamente para gentes de derechas que tenían a hijos o familiares en el frente. Esa situación duró varios años.

Así era mi padre, y esa era nuestra situación, de la que pudimos salir todos gracias al amor y a la moral que supieron darnos los abuelos.

La pobreza

La pobreza es un elemento que nos impulsa a la creación. Cuando digo pobreza, no me refiero a la existente por ejemplo en Haití, donde el hambre hace que haya personas que se coman la tierra; una pobreza tan extrema hace imposible encender la chispa de luz mínima del existir, es la negación de la vida, es la muerte. La muerte no es creadora, no puede serlo. La pobreza a la que me refiero tampoco es la que se da en nuestras tierras hoy, donde existen ayudas sociales, y si se es joven se puede encontrar trabajo. Los muchachos de nuestras calles, entre los doce y los veinticinco años, son pobres pero en su caso la pobreza no es creadora, están al mismo tiempo protegidos y encerrados, y el encierro no es creador. Ellos se contentan con malvivir en una realidad asfixiante.

La vida de hoy en nuestros países nada tiene que ver con la del pasado, entonces la pobreza consistía en mal comer, mal vestir y mal dormir. Recuerdo a varios jóvenes que murieron de tuberculosis, una enfermedad que entonces hacía estragos, debido en gran parte a ese malvivir. No todo el mundo tenía la fuerza necesaria para desplazarse y buscar lo que necesitaba, o hacer algo para obtenerlo, por ejemplo robar. Teníamos más y más necesidades insatisfechas y nos faltaba lo más indispensable para vivir.

Cuando digo que la pobreza que viví fue mi privilegio, no debe entenderse que la defiendo, nada más lejos de ello. Pero no dejo de constatar que, si la penuria económica fue una realidad, también tuve el privilegio de los cuidados y la riqueza del amor, que hizo que mis padres se esforzaran y se comprometieran todo lo posible para conseguir lo que necesitábamos y transmitirnos sus saberes.

Mi estado biológico, mi naturaleza, me permitió soportar la carencia de todo, reaccionar y actuar en consecuencia. Mis hermanos no actuaron igual que yo, sus prácticas y formas de vivir siempre fueron muy distintas a las mías. No siempre dispusimos de pan en nuestra mesa, y no dejo de recordar el pan como lo mejor de la casa, la mejor comida; y cuando caí enfermo de pleuresía, todos se privaron de una porción de su comida para que a mí no me faltase.

Aparte de la comida, había otros bienes de primera necesidad muy difíciles de obtener para nosotros, como las alpargatas, y eso que algunos alpargateros eran amigos de mis padres, o como la ropa de vestir, que nos la cosían las madres en casa. Estas carencias nos impulsaron a espabilarnos, a volar por nuestros propios medios, e hicieron de nosotros seres con inquietudes y deseos de progreso social. Por eso continué creyendo que la pobreza puede ser revolucionaria y la riqueza puede darnos sueño y adormecernos.

Mi vida ha estado marcada también por mi ignorancia, mi falta de saber, mi incultura. Diré lo mismo que digo de la pobreza económica, mi escasez de conocimientos me hizo reaccionar sin ningún esfuerzo, me llevó de una forma inmediata a intentar hacer lo difícil, lo prohibido. Al igual que con la pobreza, no defiendo la ignorancia y la incultura, todo lo contrario. No tuve la suerte o privilegio de poder estudiar en buenas condiciones, en un ambiente adecuado.

Aunque con el tiempo la memoria suele fallarnos, no he olvidado nunca que fui un muerto de hambre, y que aquello

me obligó a acumular fuerzas físicas para superar sin ningún temor los trabajos duros, por malos que fueran, y también para llevar a cabo actos no muy católicos, de los cuales por una suerte inexplicable salí siempre bien parado. Fueron acciones o expropiaciones muy peligrosas, muy fuertes para todos, me expuse violentamente a perder la vida o la libertad de otras personas, fueron los momentos más difíciles de una vida determinada por la pobreza y la ignorancia.

Hoy, lo que hice en aquellos años, me parece una locura, pero no por ello renuncio a mi pasado, ni a la idea que tengo de esta sociedad, que continúa siendo tan injusta o más que entonces.

Mi suerte, nacer pobre

Como siempre digo, mi suerte o mi riqueza fue nacer pobre. Pero no por ello la defiendo, todo lo contrario, toda mi vida luché y continúo luchando contra ella, pero también contra las riquezas, o una fórmula de acumulación de riquezas, que yo considero como una pobreza. No me cansaré de decir que la pobreza puede y debe ser la riqueza de los pobres.

Sé lo que es la pobreza, sé de qué hablo, aunque la pobreza es algo que se nos escapa, algo no determinado. Hay miles de pobrezas, hay quien vive sin domicilio pero vive, aunque duerma en el suelo. Hay otros que viven en mejores condiciones y tienen muchos más problemas. Es lo que yo llamo la muerte y no la pobreza. El pobre, mientras respira, está llamado a subir, ya no puede hundirse más. El rico, si quiere subir, será protegiéndose, con miedo por sus bienes, incluso destruyendo la progresión del pobre. Pero tenemos presente la memoria y sabemos que es muy pequeño el núcleo que se ha escapado de esta lógica indeterminada. Hoy en día tenemos en nuestra memoria a cantidades enormes de familias que eran, pero ya no son. Siempre digo que el

oro y las riquezas de España fueron y crearon su ruina. Quiero decir una vez más que, por el hecho de nacer donde nací, tuve la suerte de perder el respeto a todo lo habido, la propiedad privada, la Iglesia y el Estado. Es lo que yo llamo mi privilegio. El pobre que lo posee, lo tiene todo.

Si volviese a nacer y tuviese la oportunidad de escoger, escogería la misma que vivo y tengo; es la que preconizo a mi alrededor siempre que tengo ocasión, sin olvidar que uno es lo que es, aunque desee ser otro.

La ignorancia es uno de los mayores privilegios que poseen los Estados, las religiones, los dueños sin escrúpulos. Sigo creyendo en la educación y en la cultura libre y no impuesta por una religión o un déspota o un gobierno, sea fascista o estaliniano, y haré todos los posibles por explicar mi vida utópica, mi vida increíble. Tenéis todo el derecho a creerlo o no. Entre nosotros no existen los héroes. Los héroes los han hecho los caudillos y todos esos jefes de estado. Decía Maquiavelo de todos los héroes que gobiernan, que lo hacen con el crimen. Todos los gobernantes son criminales.

Nadie es más que nadie y nadie es capaz de explicar el por qué de los hechos y realizaciones. Uno puede tener gestos de coraje hoy, pero al día siguiente comportarse como un cobarde. Yo he conocido a gente con muchísimo valor y nunca se han considerado diferentes. Hay quien considera al señor George W. Bush como alguien con coraje y valentía. Yo considero todo lo contrario. Cuando uno hace ciertos actos, si salen bien, es un héroe, pero si el acto sale mal, el mismo individuo es otro, pese a que nada sabemos de él, salvo el resultado de la acción. Hay veces que no tenemos coraje o lo hacemos mal, hay veces que nos comportamos bobamente y ello no quiere decir que seamos bobos, pero nuestro comportamiento sí lo es.

En mi vida he conocido a mucha gente que ha estado jugando cotidianamente su libertad, pero no su vida, por que se toman medidas y se mide el riesgo. Se tiene la intuición de que nada malo va a ocurrir, pues ha pasado varias

veces por el mismo trance. Tiene confianza e inteligencia y la muerte es para otros, porque él tiene la fuerza necesaria para defenderse y una visión de inteligencia.

La memoria

La memoria, mi memoria. Yo guardo como un tesoro ciertos recuerdos y muy particularmente mi niñez. Cada uno es lo que es, más lo heredado a su alrededor y uno sigue el camino marcado en su entorno por los suyos. Existe en la teoría pero no en la práctica. La memoria es la historia, es la vejez, la memoria es lo que uno guarda de lo vivido, es el granero de la inteligencia. Una de mis mayores cargas personales, que sigo llevando a mis espaldas desde que era muy pequeño, es la carga inmensa que supone la historia. Ella me aplastó y aún hoy no he podido enderezarme totalmente. Cómo olvidar, aún con cinco años, lo vivido en 1936, después de transportar durante años y años aquel terror, aquel genocidio. Cómo olvidar el miedo, el pánico vivido durante años y años, sin ninguna alternativa, sin ningún otro aliento que el de los íntimos, el de los amigos, compartiendo el miedo y las privaciones, siempre a la espera de lo increíble, lo inesperado, del horror, del crimen y de la injusticia.

En los primeros años mi vivir eran los sentimientos. Muchas veces compartiendo, en silencio, con los enemigos, teniendo que asistir por la fuerza a ciertos actos religiosos. Unas veces para engañar al adversario, haciéndole creer que todos eramos hermanos, que todo había terminado. Otras veces para no soportar las multas y sanciones, unas veces por antipatía, otras por no ir a misa. Otras, como digo, la asfixia cotidiana compartiendo ciertos momentos con los adversarios, que continuaban siendo lo que no habían dejado de ser. Algunos, entre ellos, habían sido, pero ya no eran y no tenían nada que ver con el pasado. A esos hoy los considero decentes.

SEGUNDA PARTE

CASCANTE

NACÍ EL 18 DE FEBRERO de 1931 en Cascante, un pueblo agrícola de la Ribera de Navarra, situado a escasos kilómetros de Tudela, la principal ciudad de la comarca. Apenas tengo recuerdo de cómo empecé a ir a la escuela, en una calle detrás de la iglesia, los Corralazos, pero no tengo memoria de la señora que se ocupaba de nosotros; aunque creo que se llamaba Hermenegilda. La escuela era más que nada un lugar para guardar a los chiquillos. No recuerdo haber tenido ninguna actividad en toda esa temporada.

Al pasar a vivir a la calle de San Francisco, junto a mi abuelo, mi madre hizo todo lo necesario para llevarme a otro parvulario en la calle Nueva, que también recuerdo sin más. Recuerdo los dos, donde éramos seis o siete niños.

Antes de ir a vivir a la calle de San Francisco, vivíamos en el Castillo o calle del Hospital. Allí, ahora casas de vivienda, vivía la familia de los Pimpos, la señora Barillera y las hermanas Perdices. Todos éramos vecinos, pero éramos más, mucho más, una verdadera familia.

Las vecinas salían, ponían en la calle una mesa y cuatro sillas de anea y jugaban a las cartas, a la brisca o al guiñote. Toda la vecindad conocía y practicaba estos juegos. La mayor parte de los vecinos eran campesinos y trabajadores jornaleros; algunos tenían un pedazo de tierra y otros cultivaban las parcelas de las que he hablado anteriormente, que fueron distribuidas por mi padre en el Ayuntamiento.

El agua aún no estaba instalada en las casas, las madres iban al río a hacer la fregadina y a lavar la ropa. También se traía el agua y las madres nos lavaban con agua fría el cuerpo desnudo y la cabeza. En los ríos Botero y Queiles había tres o cuatro sitios donde las mujeres colocaban sus tablas para lavar la ropa y fregar la vajilla.

La mayor parte de esas mujeres no sabían leer ni escribir, y nunca vieron un periódico. Sin embargo, casi todas ellas conocían las obras clásicas del teatro español, debido a que había funciones frecuentes, unas veces en el teatro y otras en la plaza pública.

La vida de todos los días era muy dura, pero aun así existía el calor de la amistad y la vecindad. Las gentes se conocían, se comunicaban y jugaban juntas en los inviernos, pero mucho más en los veranos.

Los hombres tenían otra vida. Recuerdo a mi padre cuando salía para ir a pasar un rato en la taberna, con su boina y su faja, que daba varias vueltas alrededor de su cintura y en la que llevaba la navaja y el pañuelo; solía meter también ahí un mendrugo de pan, otras veces un poco de bacalao, otras veces un melocotón o una manzana.

Había un Círculo Carlista para los carlistas, y un Círculo Liberal para la gente moderada de izquierdas; y había muy particularmente la casa de la Pelleja, donde tenían lugar reuniones y conferencias políticas. Allí es donde se reunían los afiliados a la UGT y la CNT, y yo recuerdo haber ido muchísimas veces en los hombros de mi padre, o en los hombros de los amigos de mi padre.

Las dos casas

Antes de irnos a vivir con el abuelo Doroteo, hasta comienzos de la guerra civil, siendo mi padre segundo alcalde de Cascante, nuestro domicilio estaba en la calle llamada del Hospital. La casa era muy chica. Nada más cruzar la puerta, había a un lado un cuarto pequeño en el que dormíamos mi hermano Alfonso y yo. A la derecha estaba la cuadra para un macho que tenía mi padre, un pasillo corto con la pocilga incorporada, y al fondo el corral con un cobertizo que servía de pajar y que mi padre ofrecía a veces para que durmieran gentes pobres que venían a casa. También me acuerdo que una vez, estando tomando la fresca, con cinco años, varios amigos de mi padre prefirieron irse a dormir al campo, entre los montones de mies cortada, trigos y cebadas, lo que llamábamos fascales.

Al piso principal se llegaba subiendo desde la puerta de la entrada un tramo de cinco escalones; la mitad del espacio estaba ocupado por el hogar, y el resto por una cocina pequeña y un solo dormitorio para mis padres y mis hermanas Satur y María. Encima del piso sólo había un pequeño granero.

Todos hacíamos nuestras necesidades en el corral, no teníamos retrete, como se le llamaba entonces, y tampoco electricidad. El alumbrado era con candil, un pequeño recipiente con aceite y una mecha de algodón que daba luz durante muchísimo tiempo. Muchos años después, los presos de La Santé utilizábamos el mismo sistema cuando por las noches nos apagaban la luz de la celda: en una lata recortada poníamos agua, y encima el aceite y la mecha encendida.

Cuando estalló la guerra y mi padre dejó de ser alcalde y empezaron las persecuciones contra nuestra familia, fuimos a vivir a la casa del abuelo Doroteo, en la calle de San Francisco. Allí nacieron mis dos hermanas pequeñas, Ángeles, de la que estaba embarazada mi madre cuando hubo de escon-

derse en la otra casa, y María Nieves Pilar, o Pili. Además del abuelo Doroteo, padre de mi padre, vivían en aquella casa la abuela María, madre de mi madre, y la tía Gala, enferma, que se pasaba el día y parte de la noche rezando en voz alta, cosa que nos ponía a todos nerviosos. El sastre que me hizo el vestido de primera comunión, un hombre bastante desequilibrado, perdió un día los nervios e intentó tirar a la tía Gala por la ventana.

Con tantas bocas para alimentar, soy incapaz de explicar los métodos o milagros que empleaba mi madre para casi llenarnos el estómago, en una época en que la tuberculosis era moneda corriente entre los pobres. No continuamente, pero bastantes días, el agua llegaba a las casas, por las obras realizadas por el anterior Ayuntamiento de izquierdas. Eso no impedía que cada quince días hubiéramos de ir en un carro tirado por un burro hasta Tarazona, cargado con un depósito de quinientos litros, en busca de más agua, en particular agua potable, para beber y cocinar.

La fachada de la casa del abuelo no era de adobe sino de tierra bien prieta, y toda ella estaba llena de agujeros en los que gorriones y golondrinas criaban y hacían sus nidos; por las tardes, y muy particularmente a primera hora de la mañana, el alboroto de aquellos pájaros nos despertaba. En la familia de labradores que vivía frente a nuestra casa, buenísima y discretísima, solían decir que eran los gorriones y las golondrinas los que sostenían la fachada, que sin ellos se habría ido al suelo. El padre de esa familia vecina, Justino Rosell, fue también fusilado; era un hombre de edad muy avanzada, religioso practicante, sólo que quería más justicia.

El suelo de la entrada de la casa del abuelo era también de tierra apisonada. En el fondo estaba la cuadra, donde el abuelo tenía tres burros, y frente a ella un pajar muy pequeño, una pocilga y al fondo un corral en el que más tarde tuvimos algunos animales. Entonces no había ninguno porque

los fascistas los confiscaron y los enviaron al frente al servicio de los salvadores de España.

A la derecha de la entrada había un cuarto muy oscuro en el que dormíamos mi abuelo Doroteo, mi hermano Alfonso y yo. En el primer piso estaban, además de la cocina y el hogar, la habitación de mi tía Gala, y un cuarto en el que dormían mis padres; mi abuela materna no dormía con nosotros sino en una casa cercana en la que tenía un cuarto alquilado; y cuando se marchaba allí por las noches, solía llevarse con ella a alguna de mis hermanas. Mucho tiempo después, mis padres pudieron construir dos habitaciones más y un pequeño corredor con el retrete incorporado. El retrete consistía en un banco de madera para sentarse, con un agujero en el centro; y todo iba a caer al pequeño corral, que había que vigilar continuamente para cubrir con tierra lo que caía. Esa tierra era muy apreciada, porque con ella se abonaban las hortalizas del huerto.

Al hogar de leña, junto a la cocina, había arrimados dos bancos con respaldo para sentarnos al calor de la lumbre. Cabíamos tres o cuatro personas en cada banco; el hogar estaba levantado unos cuarenta centímetros sobre el suelo de la cocina, y ese escalón servía de asiento para la mesa en la que comíamos. Las mujeres pasaban gran parte de su tiempo sentadas y cocinando, el fuego siempre estaba encendido y de él se sacaban brasas al rojo que se colocaban en el calentador para templarnos la cama por las noches. Cuando nevaba o hacía mucho frío, nos quedábamos en la cama más tiempo, para no gastar en leña ni en comida.

El suelo de la cocina no estaba bien nivelado, era de yeso y tablones, con agujeros por el desgaste del tiempo. Todos nos sentábamos alrededor de la mesa, como podíamos, y todos comíamos de la misma fuente. La comida consistía casi siempre en verduras criadas por mi padre y mi abuelo, la carne apenas la catábamos. En las ocasiones en que mi ma-

dre podía echar al puchero algunas onzas, pues eso era todo, dos o tres onzas de carne para once personas, el pedacito desaparecía de la fuente sin que nadie llegara a verlo. Yo nunca llegué a sentarme bien frente a la mesa, me colocaba cerca de la puerta y con medio cuerpo fuera, porque casi todos los días venía gente a quejarse a mis padres por una u otra travesura que había hecho; esa gente llamaba a mi padre desde la calle, y mi padre me tiraba lo primero que encontraba a mano, por eso yo estaba siempre dispuesto a salir corriendo cuando nos sentábamos a comer.

Mi madre nos hacía la propaganda de sus guisos, para que nos los comiéramos sin chistar. Comíamos muchísima coliflor, y de entrada una sopa hecha con el caldo de hervir la misma coliflor; también comíamos judías cuando podíamos, y garbanzos, que llamábamos de vigilia, porque con aquel potaje no quebrantábamos la abstinencia de la carne que predicaba la Iglesia. Las patatas, las preparaba mi madre con pimiento encarnado y un poco de abadejo, es decir bacalao seco.

Después de cenar, todas las noches mis hermanas pequeñas se subían encima de la mesa, y todos cantábamos o hacíamos ruido, y ellas bailaban. Ya acabada la guerra, en verano, la fiesta continuaba en la calle, como contaré después.

La escuela

Los primeros años de mi escolarización fui al Claustro, donde estaba la cuadra de los caballos y la casa-cuartel de la Guardia Civil; allí los recuerdo, con las capas «...cubiertas de cera. / Tienen, por eso no lloran, / de plomo las calaveras». Del Claustro pasé a la escuela de doña Josefina Ortiz. En esas dos escuelas estábamos mezclados los chicos y las chicas; sobre todo nos enseñaban a coser y bordar, a leer y a escribir, y también a hacer la cocina. Todo esto era ya en los años de la

Guerra civil. Si lo recuerdo, no es con ninguna antipatía, todo fue llevadero, no así en otras escuelas. Creo que estas dos primeras escuelas eran laicas, por eso las cerraron después.

Las escuelas laicas fueron muy importantes y en ellas estaba vivo el recuerdo del pedagogo catalán Francesc Ferrer y Guardia, fusilado por promover esa educación. Los maestros fueron, por lo general, buenísimos, todos o casi todos de ideología de izquierdas, republicanos, socialistas y anarquistas. Por ello fue la profesión o corporación que sufrió más la represión, durante la guerra y después.

Después de esas dos escuelas laicas, me pasaron a la de las Monjas Carmelitas. Allí me encontré bien, pero nada de lo que me enseñaban tenía interés para mí. Los días iban pasando, yo crecía y lo que más me interesaba eran los juegos, y siempre deseaba que la clase terminara para salir con los amigos. Hoy me doy cuenta que la escuela me atraía poco. Aprendí a hacer de monaguillo, y todos los días ayudaba a misa a las ocho de la mañana en el convento. Las monjas asistían a todos los oficios antes de las clases que empezaban a las nueve. La misa la decía por lo general don Victoriano, que era muy antipático y me renegaba muchas veces; también es verdad que yo me bebía su vino rancio y añadía agua. Yo no tragaba a ese cura, aunque él había sido el protector de mi padre. Algunas veces lo reemplazaban otros curas, muy falangistas o carlistas pero más agradables, que solían darme una propina después de terminar la misa.

A las nueve empezaba la escuela, había días en que al acabar la misa volvía a casa y otros en que iba directamente a la escuela. La primera ocupación al llegar era un rezo. Después nos enseñaban algo de gramática, geografía o historia, todo muy breve. Buena parte de la mañana la pasábamos, o bien rezando, o bien con historias o explicaciones religiosas. Por las tardes, casi todo era historia sagrada, y como mínimo dos o tres veces cada semana venía alguien, particularmente

curas, que nos hablaban de religión. Así era el ambiente que viví en las Hermanas Carmelitas, después de haber conocido otra escuela, que si no era racionalista como en otros lugares, por lo menos no era religiosa, no se rezaba a todas horas, no se hablaba sólo de religión, y nos enseñaban otras cosas. No eran autoritarios, había un amor en lo que hacían, y sobre todo se hacían deberes muy diversos. Guardo muy pocos recuerdos de aquella época, pero ninguno malo de mi primera escuela.

Las monjas de entonces se vestían como las mujeres islamistas de hoy. Cuando veo a las mujeres musulmanas tapadas del cuello a los pies y con la cabeza cubierta, no dejo de acordarme de las Hermanas Carmelitas.

Una cosa que me interesaba muchísimo era la vida de las monjas cuando los escolares se marchaban a sus casas. Muchas veces yo me quedaba a ayudar a la hermana Borja en el jardín o con los animales, y cuando todos se iban, mi pasión era esconderme detrás de unos matorrales y ver a las hermanas sin la toca, con la cabeza descubierta. Para mí era un privilegio y era algo que me inquietaba y me motivaba. Yo las espiaba por detrás de las cocinas y las observaba cuando cocinaban y se ayudaban unas a otras. Había una monja que se descubría, incluso se le veían los brazos libres y descubiertos, la hermana Petra. Era muy bella, bellísima, y a mí me entusiasmaba verla. No sé si era atracción sexual, no lo creo, pero lo cierto es que me entusiasmaba verles la cara, la cabeza descubierta, los brazos. He pensado muchas veces en «Viridiana» de Luis Buñuel, cuando la monja se está desnudando y se le ven las piernas, que es algo excitante. Y a mí me ocurría algo parecido.

De la madre María, recuerdo su simpatía y comportamiento. La hermana Victoria, cuando yo hacía travesuras me ponía en la calle, me despachaba. Yo no decía nada en casa, pero venía la madre María, me cogía de la mano y del hom-

bro por la calle, me llamaba amigo y me llevaba nuevamente a clase. Muchas veces la hermana Dominga me pegaba correazos y me despachaba, y nuevamente la madre María venía a buscar a su amigo Lucio, y nuevamente me introducía en la escuela.

Hasta esa fecha no aprendí nada, salvo la antipatía que cogí a los curas, sobre todo a los que servía como monaguillo. Al uno por antipático, y a los otros por malvados. Yo estaba al corriente de las historias de estos curas a través de los amigos de mis padres y de mis padres.

De las escuelas religiosas pasé a una nueva escuela. Lógicamente, tendría que haber sido más libre, más humana, más civil, más comprensiva con nosotros, sobre todo porque el maestro era de Cascante y de familia pobre, y allí todo el mundo se conocía. Pues bien, no hubo nada de todo ello, las cosas son como son y no como quisiéramos que fueran. Ésta es la última escuela a la que fui, creo que debía de tener unos diez años. El maestro se llamaba don Ángel Arbiol. Físicamente era delgado, nada agraciado, soltero y sin ningún compromiso. Fuera de la escuela se paseaba siempre con una Biblia en las manos, y subía casi cada día a visitar a la Virgen del Romero, la patrona de Cascante. Yo creo que los momentos que pasaba en el interior de la iglesia los empleaba en reflexionar cómo iba a castigarnos a su vuelta. Se comportó malísimamente con la mayor parte de los alumnos. En el pueblo lo llamaban «Picha santa», porque, aunque era maestro seglar, en lo religioso era más practicante que las Hermanas Carmelitas. Y aunque éstas me dieron muchas veces correazos con el cinturón que llevaban, también estaba entre ellas la madre María, buenísima y generosa.

Nuestra escuela, Gorría, como la llamábamos, empezaba a las nueve de la mañana. La puerta de entrada se cerraba una vez que todos los niños estábamos arriba, con don Ángel. Después de habernos presentado y de santiguarnos,

cosa que también nos obligaba a hacer si pasábamos delante de cualquiera de las iglesias del pueblo, aquel hombre nos ponía en fila, muy firmes y con el brazo en alto en el saludo fascista, izaba la bandera y nos hacía cantar el himno nacional y el «Cara al sol». Después recitábamos algunas oraciones. La misma idiotez se repetía por las tardes, antes de marcharnos a casa.

No creo que haya hoy en día maestros tan bobos como don Ángel Arbiol; era un bobo religioso, un maestro idiota que hacía mucho mal con su comportamiento. Nuestro pobre imbécil de don Ángel era severísimo, por cualquier tontería nos castigaba. A veces por nada, o casi nada, nos hacía poner de rodillas a rezar o a escribir textos religiosos, o nos dejaba sin salir a comer al mediodía. Otras veces nos tenía con los brazos abiertos en cruz, con libros de peso en las manos para castigo. Tampoco puedo olvidar los reglazos que nos aplicaba en las manos, en las puntas de los dedos, en las piernas o en el culo. Repito, era un mala sombra. Había alguien que estaba explicando algo o leyendo algo, y aquel señor se paseaba discretamente por detrás, sin hacer ruido, y sin decir nada, sin advertir de nada a nadie, le daba un golpe en la cabeza con los nudillos de la mano cerrada. Cuántos chichones nos hizo aquel miserable.

Estas fueron mis escuelas. Si deseo y respeto tanto y tanto la escuela, es porque me faltó, y la escuela, con la familia, es una de las dos cosas a las que doy mayor importancia en la vida. Además he podido comprobar, incluso entre las gentes del pueblo, que con los que más se puede contar es con los maestros, yo no quiero decir al cien por cien, pero creo que es una de las mejores profesiones, y que sin la enseñanza no iremos a ningún lugar. Fue éste el gremio que más sufrió en la Guerra Civil, porque a través de la enseñanza es como se puede llegar más lejos. Hubo en Cascante un maestro, apellidado Gorriá, que creó una generación de gente de lo más inteligente, una especie de elite intelectual irrepetible. Ese hombre estaba en la CNT, seguía los principios de

Ferrer y Guardia, y tuvo que huir, porque sino lo hubiesen fusilado inmediatamente.

Una vez terminada mi escolarización, o como se le quiera llamar, sabía leer y escribir mal. Y ya no aprendía a hacerlo mejor.

El trabajo

Con mi padre empecé a ir al campo. Yo le ayudaba en lo que sabía y podía. El trabajo del campo era muy difícil de soportar y muy pesado. Todo se hacía manualmente, a base de esfuerzo físico. La tierra se cultivaba en gran parte con la azada. Era horrible, había que tener mucha costumbre. Estos trabajos de azada y manuales eran obligados en las viñas y en todos los sitios a los que el arado no podía llegar.

En el tiempo de las olivas, éstas se recogían del suelo, una por una. Casi siempre lo hacíamos con temperaturas bajo cero, mal comidos, mal vestidos, muertos de frío y encima de rodillas todo el día.

En el tiempo de la siega, nos levantábamos a las cuatro de la madrugada más o menos, si había que ir lejos. En esa época del verano son las fiestas en todos los pueblos cercanos. Volvías de la fiesta de un pueblo al amanecer y el padre te despertaba diciendo: «Si eres un hombre para ir de fiesta, también tienes que ser un hombre para levantarte e ir al trabajo». Casi dormido, te agarrabas a la cola del burro o del animal, pues el padre subía al animal y tú ibas andando cogido como digo a la cola, tres horas, o dos horas, o una hora, y a trabajar todo lo que podías, como podías y como sabías; y sobre las doce del mediodía volvías a casa lleno de polvo y de sed, cansadísimo, sin ganas de otra cosa que no fuera dormir y beber agua fresca de la fuente.

En la vendimia el trabajo era muchísimo más llevadero, la tarea no era tan exigente, y el clima, ni muy frío ni muy caluroso.

En estas condiciones empecé a trabajar y a aprender con mi padre, mi abuelo y mi hermano. Creo que es comprensible que estuviera harto. Siempre digo que no es el trabajo lo que mata, lo que mata son las injusticias, y eso sí que lo vivíamos.

Yo aún era un niño, y llegada la hora del atardecer, nada ni nadie me impedía juntarme con los amigos, todos muy jóvenes, para beber limonada, si había ocasión, y cantar.

Luego aprendí un poco a trabajar con los albañiles, y mi hermano Alfonso también. Solía darnos trabajo un señor que se llamaba Arcos, y le habían puesto de apodo «El Veneno»; y otro señor que se llamaba Baigorri. Mi padre había ido anteriormente también a Castilla para trabajar como segador o agostero.

En esos años fui a trabajar cerca de Pamplona, a la sierra del Perdón. Hacía hoyos para plantar pinos en la montaña. Alguien de Ablitas nos había contratado. No teníamos cama ni casa, dormíamos fuera, a la intemperie, en el suelo, con una manta nada más. El trabajo era de sol a sol, muy duro. La comida, un poco de café con leche por la mañana, a mediodía rancho de patatas con unas piltrafas de carne, y lo mismo para cenar. El jornal eran cinco pesetas al día, muy poco, pero nos ayudaba a nosotros y colaborábamos en casa.

Travesuras

Antes de eso, de más joven, mis amigos y yo hacíamos pequeñas travesuras, y alguna vez me denunciaron por ellas. Había una pequeña iglesia, hoy ya desaparecida, San Antonio en la Virgen, que solía estar cerrada. En el cepillo la gente beata echaba alguna moneda, cinco céntimos, diez, un real, muy poco. Nosotros pescábamos las monedas con el canuto de una caña lleno de barro, para que se quedaran pegadas.

Recuerdo de esa época los camiones que venían de Valencia cargados de naranjas para venderlas en la plaza. Para llegar, tenían que atravesar las curvas de la Victoria y las de los Cuatro Caminos, que obligaban a frenar mucho la marcha. Las naranjas venían en una especie de capazos o de seras de esparto, y los chicos aprovechábamos ese momento para trepar a la trasera del camión y descargar en dos minutos tanta fruta como podíamos.

También solíamos comernos las mejores frutas de las huertas de los ricos. En invierno entrábamos en ciertos domicilios para llevarnos la miel. Una vez arrancamos el sifón de hierro colado que servía para pasar el agua desde la estación hasta la huerta de Pepe el Legiero, para venderlo como chatarra. Podíamos haber hecho descarrilar el tren. La Guardia Civil nos buscó por varios sitios, pero nunca nos encontraron. Llegamos a vender hierro de la iglesia de Urzante. Varias veces, por las noches, fui con otros a robar olivas. Todo esto se vendía y había gente bastante notable que nos lo compraba.

Recuerdo todo esto pero no le doy importancia. Hoy en día, en el barrio de París donde vivo, el 20.ème Arrondissement, hay muchos jóvenes pobres como yo lo fui; algo menos tal vez, comparativamente, de como éramos en mi época. También ellos, en el momento en que te descuidas, se llevan lo poco que pueden encontrar. A mí me han quitado un montón de cosas. Yo tengo el local cultural, no le pido a nadie nada, la gente expone lo que tiene: esculturas, pintura, teatro, charlas. La puerta está casi siempre abierta, pero en algunos descuidos me han quitado varias radios, cámaras de fotos y dinero. El otro día un amigo estaba durmiendo con la puerta abierta y sin que se diera cuenta le quitaron la bicicleta. Yo me cabreo, pero pienso en mi pasado, pienso que estos jóvenes, si tuviesen buenas familias y medios, no harían nada de todo eso, pero son muy pobres y no tienen nada de nada.

Travesuras, las unas para comer, las otras para estar con los amigos. Una vez, con mi amigo Luisito el Tortera, quisimos quitarle a su padre un saco de cebada para vender. El granero donde tenían la cebada estaba en el segundo piso. Luisito subió al granero y ató con una cuerda el saco pero, sin darse cuenta, también se amarró él; yo, mientras tanto, esperándolo abajo. Mi amigo estuvo atado un buen rato antes de ser rescatado.

En casa había aceite. Solíamos llenar con él botellas y reemplazarlo por agua, que al ser más pesada que el aceite quedaba abajo y el aceite subía hacia arriba. Hacíamos travesuras sin parar. Las madres nos decían que pidiéramos y que no robáramos. Pedir, pedías, pero las madres no te podían dar, porque no tenían nada. Por cosas como éstas, fui detenido varias veces y llevado a la pequeña cárcel o cuarto que servía de cárcel en Cascante. Otras veces fui a la cárcel de Tudela, donde había un carcelero. Otras aún, al no poder pagar mi madre las multas, me castigaron a plantar árboles en el parque de la Virgen. Aún existen varias acacias que yo planté con mi cuñado Juan Cruz.

La vida era así

Recuerdo la época de la guerra como la del terror; yo tenía entonces seis o siete años, y con un fusil de madera tuve que aprender la mala utilización de las armas, lo que llamaban la instrucción, mientras mi abuelo, mi padre y mi hermano Alfonso se veían obligados a trabajar para las familias de los fascistas que tenían hijos combatiendo a los republicanos. A esa prestación abusiva y no remunerada no la llamaban trabajos forzados, sino trabajo voluntario, curioso invento; y mis padres y los amigos de la familia evitaban hablar del asunto cuando yo podía escucharlos.

Después de la guerra empezábamos ya a salir de la niñez, aunque la menor de mis hermanas, Pili, era aún peque-

ña; y recuerdo que cuando íbamos al molino, nos cambiaban ciento cuarenta kilos de trigo por noventa de harina mezclada, y eso con muchísimo misterio porque decían que la Guardia Civil y las delegaciones vigilaban. Era una gran mentira: trabajábamos, y nos engañaban para robarnos. Con la oliva ocurría igual; en todo lo que llevabas para vender o cambiar te engañaban, y los pobres éramos cada vez más pobres, incluso muchísima gente labradora. Lo pasábamos mal pero continuábamos.

Había varias alpargaterías, la de la Pataticas, la señora Francisca Crispín, la Cerberaña y Jesús Baigorri. Los dos últimos fiaban a mi madre un poco más porque eran republicanos; pero aun así, no todos los domingos podía yo cambiarme de alpargatas.

Nunca llevé zapatos, la señora Cerberaña o la señora Francisca o Jesús Baigorri le hacían crédito a mi madre, y estas tres personas nos prestaban las alpargatas que llevábamos mi padre, mi hermano Alfonso y yo. Mi hermano era más cuidadoso y sus alpargatas siempre las tenía más limpias que las mías. Cuando se descuidaba, le quitaba o le cambiaba las suyas, que guardaba para el domingo. Varias veces me descalzó delante de la gente y me quitó las alpargatas que llevaba, que eran las suyas y estaban más nuevas.

En otra ocasión, yo le cogí la gabardina o especie de blusa que usaba para ir a misa. Al darse cuenta, mi hermano fue hasta la iglesia, y pese a que estaba en un lugar discreto y bastante escondido, me descubrió y me quitó la prenda, con lo que me quedé con una simple camiseta, muerto de frío, y delante de todo el mundo.

El pan yo no quería ir a buscarlo, porque mi madre debía en varias panaderías, y a veces yo me volvía a casa sin pan y llorando. Y es que la panadera me había avergonzado delante de la gente: «No te doy, que tu madre aún no me ha pagado». Ésa era nuestra situación, si mi madre me compra-

ba alguna prenda de vestir era a crédito, y como sabíamos los días en que venían a cobrar, vigilábamos y mi madre se escondía hasta que pasaba el cobrador. Cuando esa situación duraba bastante tiempo, era horrible, pero no perdíamos el buen humor. En las noches de verano mi padre sacaba a la calle la cortina de saco que estaba en la puerta y allí venían a sentarse cantidad de chiquillos; mi padre nos contaba historias y nos cantaba, y nosotros cantábamos con él. Hay cosas inexplicables, éramos muy pobres, pero mi padre nos leía, y nos aconsejaba leer a Unamuno y a Cervantes. Aquella fue la época más difícil que atravesamos, pero mis padres nos transmitieron, al menos, una lucecita de esperanza.

No guardo un mal recuerdo de aquellos años, hoy me digo que fueron mi enriquecimiento, que para apreciar lo positivo hay que conocer antes lo negativo. Eran tiempos en los que no teníamos pan, y cuando lo teníamos, mi madre lo escondía o lo encerraba bajo llave, porque yo particularmente comía más que mis hermanos, siempre fui más comedor. Pero recuerdo el amor de los míos, la alegría, lo deliciosas que nos parecían las pocas cosas que comíamos, muy particularmente los ranchos en casa y las paellas preparadas con los amigos de mi padre en el campo, hechas con todos los menudos que ahora se tiran, patas, tripas, cabezas, que daban más gusto al guiso.

La muerte de mi padre

Mi padre enfermó de cáncer y fue al Hospital de Pamplona. Allí no supieron decirle lo que tenía, pero sufría mucho. Un día me dijo que fuera a pedirle a un tío mío mil duros que le había ofrecido, para comprar morfina que le aliviara; pero mi tío se excusó, y no nos prestó el dinero. Esa fue la peor época de nuestra familia. Sin cinco, enfermo, abatido y con dolores enormes, mi padre me decía: «Hijo mío, ni a mis enemigos les deseo esto», y mi madre no podía

hacer otra cosa que pasarle agua por la frente y aliviarle en lo posible. Otro día mi padre, amargado por el dolor y retorcido, me dijo: «Hijo mío, tú que tienes cojones, si verdaderamente quieres a tu padre, márame.»

Como no teníamos dinero ni medicinas, se me ocurrió asaltar el banco o la caja de ahorros. Fallé dos veces, ¡y menos mal!, hubiera sido un desastre más, y en vez de solucionar el problema estaría detenido, y mi vida de entonces habría terminado. Eso era en 1950, yo tenía diecinueve años. Y no hay una explicación para que no ocurriera así; si no asalté el banco, no fue por no haberlo deseado.

Otra cosa he de decir: probablemente hablo demasiado sobre la suerte de mi pobreza, pero gracias a ella no tuve que hacer ningún esfuerzo para perder el respeto a todo lo existente, la propiedad privada, la Iglesia y el Estado.

Mi padre murió. Fue un hombre bueno y un idealista. Y quiero decir, entre paréntesis, que cada vez que voy al médico y me receta, pienso muchísimo en la época de la enfermedad de mi padre. Por encima de todo hay que defender la Seguridad Social para los enfermos y los ancianos, cueste lo que cueste. Porque no hay nada más triste que ver sufrir a las personas que amamos, y no hay nada más injusto para un hombre bueno que morir en medio de sufrimientos atroces.

Presumiendo de buen mozo

Yo trabajaba muchísimo y tenía también, creo, un amor propio muy marcado, mucho orgullo. Nunca había tenido un par de zapatos, ni pantalón blanco, y tampoco un traje cuando hice la primera comunión. Los niños comulgaban con traje blanco o azul, pero sobre todo con pantalón largo. Yo no pude. El tío Elías nos mandó un buen pedazo de tela reciclada para hacer el traje, pero había que prepararla y coserla. Mi padre conocía a alguien de la taberna que acababa de sa-

lir del manicomio. Era sastre de oficio, mi padre le consultó y le dijo que habíamos recibido la tela y le trajo a casa para que la viera, a ver qué se podía hacer. El dicho sastre cogió la pieza de tejido y la extendió sobre la mesa. Enseguida explicó que podía sacar una chaqueta y un pantalón corto, no más. En pago del trabajo, comería en casa durante el tiempo que tardase en confeccionar la ropa. En un día hizo la chaqueta, pero el resto del traje le llevó un mes. Al final pude comulgar en la iglesia con los otros niños, pero en mi caso con pantalón corto, no con el largo que vistieron los demás.

Pese a todo eso, crecí con orgullo. Empecé plantando viñas, haciendo los hoyos. Esto era lo más difícil. Había que tener muchas cualidades físicas, muy poca gente podía hacerlo. Muchas veces, en invierno, después de terminar el trabajo, en una balsa me bañaba desnudo para presumir. También iba como leñador con el Chache y el Bernardino; las hachas y los azadones eran nuestras herramientas, y una maza enorme de treinta kilogramos para abrir los troncos. Pocos podían manejarla; yo me servía de ella para clavar las cuñas en los troncos. Otras veces fui de agostero a Zudaire, cerca de Estella, para traer un poco de dinero a casa para mi madre. Tenía una talega de grava de 154 kilos. Nadie podía cargar con ella, sólo yo podía hacerlo y ganaba apuestas. No tenía miedo a enfrentarme ni a las vacas ni a los toros.

Bajo el signo de Acuario

Mil veces he oído decir que febrero es el mes más propicio a la amistad, y Acuario, el signo más cercano a los humanos, en lo que tiene de fidelidad, proximidad y respeto, más que de amor. Acuario es el signo de las fidelidades profundas, y es algo que me confirmaba con muchísimos ejemplos mi vecina la señora Magdalena de la calle de París, en Clichy, cuando me tiraba las cartas. Yo nunca creí en ello, pero algo me pegó aquella buena mujer.

Magdalena era su nombre de vidente, en realidad se llamaba Patricia, y la conocí porque en el mismo rellano de su domicilio tenía un almacén al que llevábamos la ropa a lavar: camisas, sábanas, pantalones, todo lo que llevaba me lo entregaba al cabo de un par de días limpio y planchado. A algunos clientes les llegó a decir que era sevillana y de familia gitana, pero no sé si era cierto; hablaba muchísimo y muy bien, llevaba el pelo muy largo y era tan guapa como religiosa. Como yo, había nacido en febrero, y se había especializado en el signo de Acuario, había leído montones de libros sobre la materia, y como su conversación era agradable e inteligente, yo me encontraba muy a gusto en su compañía. Con el tiempo llegó a conocerme muy bien, y como los hombres somos bastante narcisos, sabía decirme cosas que me agradaban, y me preguntaba mil detalles sobre mi vida, en particular hasta los veintitrés años, cuando por primera vez conocí lo que llamamos hacer o compartir el amor. Nada supe de ello hasta esa fecha, y después puedo decir que mi experiencia en ese campo ha sido satisfactoria y sin frustraciones, pero también sin alardes ni exageraciones, ni carreras para recuperar el tiempo perdido.

Los jóvenes de Cascante esperábamos el mes de mayo con ilusión y alegría, era el mes de las flores, los días eran largos y el tiempo templado. En la iglesia del Romero se hacían ejercicios a la Virgen, los jóvenes subíamos hasta allí, y quienes tenían devoción entraban en la iglesia y cantaban en el coro, y quienes no querían entrar se quedaban fuera; y al terminar los cantos, fuera ya de la iglesia, nos reuníamos todos, mozos y mozas, y solíamos pasear en grupo. En ese mes muchos jóvenes se conocían y se hacían novios; no había entonces la costumbre de encerrarse en tabernas o cafés, caminábamos al aire libre y charlábamos. El tema principal de la conversación eran las películas que pasaban los domingos en el cine, porque entonces no había televisión. Recuerdo varias de aquellas películas, productos repugnantes de la

época fascista, como Los últimos de Filipinas, Raza, y a artistas como Miguel Ligeró, Cantinflas, Alfredo Mayo y Jorge Negrete, de quien alguna gente hablaba mal porque era mejicano. También se hablaba de fútbol, por el que teníamos afición, pero nada comparado con lo que ocurre hoy día. En aquella época todos éramos del Athletic de Bilbao, casi todos los jugadores del equipo de la selección española eran vascos, y sentíamos más los colores del Athletic que los del Osasuna de Pamplona.

Yo me acuerdo siempre de la gente que jugaba en el Athletic de Bilbao y en el equipo nacional de España, que eran casi todos del Athletic. Navarra ha sido siempre muy reaccionaria y habíamos sido tan aplastados que para nosotros incluso, siendo yo pequeño, Bizkaia y Gipuzkoa eran, para mí particularmente, ejemplo de más revolucionarios, aunque no lo hubieran sido, porque nosotros, sea por lo que fuera, a esas dos provincias las teníamos como referencia, como riqueza. A la Real Sociedad también se le quería aquí, pero sobre todo eran los Zarra, los Gainza, los Panizo... toda esta gente. Era una especie de admiración la que teníamos con ellos.

Siendo yo pequeño bajaba a Tudela a ver los camiones que pasaban con el pescado y que iban hacia Barcelona. Para nosotros era una distracción. En el mes de mayo esperábamos con ilusión la fiesta llamada de la Cruceta, en que subíamos en romería a un monte, con carros tirados por caballos o burros y adornados del modo que cada cuadrilla disponía, para bendecir los campos. Para esta fiesta, durante muchos meses los jóvenes poníamos en común lo que podíamos, y el dinero reunido por cada cuadrilla se gastaba en la fiesta. En el monte de la Cruceta, ese día se almorzaba y la gente cantaba y bailaba con la música de cada cuadrilla; y al regresar al pueblo continuaba el baile y comían conjuntamente hombres y mujeres, mozos y mozas. Por esa razón la fiesta de la Cruceta era esperada con deseo, no sólo por la alegría del

baile, sino por la importancia de estar mezclados los dos sexos. Todos éramos pudorosos, por costumbre y por educación; estar junto a las chicas significaba para nosotros comportarnos, hablar con finura y no soltar palabrotas. Aquellas costumbres las considero un patrimonio mío, y cuando comparo las relaciones de los jóvenes de entonces con las de ahora, hay veces en que echo de menos aquellos tiempos.

En las fiestas, la música y el baile tenían lugar en el cine Avenida, y todos los domingos se bailaba en casa de Perico Lizarbe. A ese lugar venían los jóvenes de los pueblos vecinos, Ablitas, Murchante, Monteagudo, Barillas o Tulebras. Todos y todas íbamos andando a las fiestas, por los caminos o cruzando los campos, nunca recuerdo haber ido por la carretera. Y tampoco recuerdo que hubiera nunca ningún atropello, ni algún suceso raro. De Tulebras venían dos primas hermanas, muy guapas. Una de ellas, María, era la hija del hortelano de las monjas de clausura. Este hombre, cuando trabajaba en la huerta, llevaba una campanilla colgada de la cintura para que las monjas estuviesen advertidas de que un hombre andaba cerca. Tulebras es hoy conocido por ese convento del Císter, hoy elegantemente restaurado. Fue allí donde mi padre confiscó el retablo de San Bernardo, y la gente dijo idioteces de él, y a mí me tuvieron antipatía durante mucho tiempo.

Yo me hice muy amigo de la prima María, y cuando se le hacía tarde para volver y era ya de noche, la acompañé varias veces a Tulebras, que está tan sólo a unos tres kilómetros. A la entrada del pueblo, me despedía de ella y me volvía a casa. Hoy, cuando vemos a alguien, el saludo suele ser un beso en cada mejilla, y para despedirnos igual; entonces no era así, ni mucho menos, pero una noche, después de acompañar a esa amiga, le di un beso de despedida, y creo que ha sido el beso más tembloroso de mi vida. Para mí fue tan importante que hice el camino de vuelta dando saltos, y antes de darme cuenta ya estaba de nuevo en Cascante.

Éramos así. Un simple beso de buenas noches me llenó completamente, fue una suerte, un privilegio inesperado y un gran orgullo personal. Mucho y nada a la vez, pero en todo caso es algo que me ha permitido guardar un recuerdo lleno de afecto. Mi suerte o mi desgracia fue no volver nunca más allá, no tener de esa época más recuerdos así de intensos.

Había en Cascante varias tabernas: la Pelleja, a la que habían retirado el permiso, pero que vendía pan y algo más de tapadillo; la de la señora Sierra y la de Borrega. Las tres eran más o menos de izquierdas, y quizá por esa razón estaban obligadas a pagar un impuesto especial. En cambio, el bar Nacional era el punto de reunión de la «gente de bien». Nicolás, su propietario, un hombre muy de Falange, tenía varios hijos varones y una hija, Carmen, que le ayudaba en el bar. Era una muchacha muy llamativa y natural, muy distinta a otras de su clase social, que eran presumidas y bobas. Carmen era morena y muy bien plantada; el trabajar con su padre le hizo ser conocida, y su forma discreta de comportarse le dio un gran prestigio entre los jóvenes. Tenía todo lo bueno que podía tener una muchacha de entonces: belleza, simpatía y sencillez.

Yo no era presumido, pero modestamente diré que cuando veía a otros jóvenes vestidos de punta en blanco, mi orgullo interior me decía: va mejor vestido que yo, pero soy más buen mozo. Ése era mi consuelo. También, por mi forma de ser y por los acontecimientos de mi vida, le había perdido el miedo a todo, seguramente debido a mi ignorancia. El caso es que, por lo que fuese, se produjo una situación inexplicable: el hijo de Amadeo Urtubia, rojo y pobre, se enamoró con el mayor respeto y cariño de la hija rica de un facha significado. Así de sencillo y absurdo. Fue un amor fortísimo, joven, pero también un amor enteramente platónico. Como me decía siempre mi amiga Magdalena: el Acuario siempre más amistad que amor físico.

Mi vida y mi formación me han atraído el amor de los míos y el odio de mis adversarios. Nicolás, el del bar, me odió porque yo quería y admiraba a su hija Carmen. Cierta día, en las fiestas del pueblo, yo estaba en la pista de baile del cine Avenida, con mis amigos y amigas, entre ellos la Carmen, y apareció el famoso Nicolás. Delante de todos, le dijo a su hija: «María Carmen, a casa inmediatamente». Nos quedamos asombrados; varios amigos fuimos detrás para evitar que le pegase en la calle, en presencia de la gente. Carmen entró en su casa; yo me quedé fuera con varios amigos, y no pasaron más de cinco minutos cuando ella salió otra vez, hecha verdaderamente un Cristo como suele decirse, algo horrible, y se fue a dormir a la casa de sus abuelos.

A los dos días, alguien me comunicó que podía ir a ver a Carmen a casa de sus tíos María y Cándido. Así fue. Nos vimos en casa de los tíos, pero de pronto llamaron a la puerta y era Nicolás. Me hicieron subir a toda prisa a un granero y me escondieron allí, entre un montón de cebada lleno de esos pequeños ácaros que nosotros llamábamos pajarillas. Cuando salí, tenía todo el cuerpo lleno de ronchas y de picaduras.

Aquella situación angustiosa fue la gota que desbordó el vaso y me empujó a marcharme del pueblo, sin tener ni cinco para el viaje. Era imposible vivir en esa atmósfera

Huida y regreso

Decidí marcharme lejos. Fui a Tudela, y de allí a Bilbao, sin billete. Me metí en el barco Marqués de Comillas y me sacaron de él a patadas. Fui a Elizondo, donde por casualidad encontré a un amigo, Celso, que estaba haciendo el servicio militar. Después pasé hacia Francia por Ibardin, y Celso me ayudó en el viaje. Llegué a Biarritz, y allí fui detenido y los gendarmes franceses me devolvieron a Endarlatza, de donde fui a parar a la cárcel de Bera de Bidasoa, y unas semanas más tarde a la de Pamplona. Allí me vistieron los ju-

gadores del Osasuna de pies a cabeza. Regresé de Pamplona a Cascante vestido como un príncipe, y todo lo que llevaba puesto me lo habían prestado o regalado los jugadores de fútbol del Osasuna, donde jugaba mi cuñado Juan Cruz, defensa. También estaban Fandos, Goyo, Armendariz y todos aquellos futbolistas.

Cuando llegué a Pamplona, llevaba toda la clase de suciedad que se puede acumular durante un mes sin lavarme ni ducharme, pues en la cárcel de Bera del Bidasoa así era. La comida tampoco estaba prevista y en todo aquel tiempo comí sólo manzanas, nada más.

En Pamplona, los jugadores del Osasuna me hacían llegar todos los días la comida de casa de Catachu, en la calle Linda Txikia, donde estaban ellos hospedados, particularmente Salvatierra, de Tudela, que era cuñado mío. Yo no podía creerme mi nueva vida, no podía creer lo que me había pasado en tan poco tiempo. De no comer nada a que me sirvieran comida de un buen restaurante, me encontraba como un privilegiado.

Nicolás castigó a su hija no sólo físicamente; se la llevó desterrada, diríamos, a Barcelona, para evitar que nos viésemos. Más tarde, cuando yo estaba trabajando en Valcarlos con mi hermano Alfonso, recibí una carta anónima de Barcelona, donde vivía y trabajaba la Carmen, en la que me decían de ella que tenía otros amores y ya no pensaba en mí. Idioteces, nada demasiado grave, pero me tocaron el amor propio. Yo, infeliz, caí en la trampa y me sentí desmoralizado. Hoy día puedo decir que el nuestro fue un amor platónico precioso, y que tengo un gran respeto y amistad por los hijos de Carmen.

Después de mi escapada, empezó para mí una nueva vida: para los unos era «el Francés», y para los otros «el Rojo». Esto, particularmente, lo decía alguien que en principio tenía que decir lo contrario, pues su padre había sido fusilado.

Los informes malísimos que tenía de mí la Guardia Civil venían de esa fuente; y durante un tiempo, uno de sus descendientes continuó informando. Varias veces, amigos de Bilbao me propusieron reaccionar violentamente; pero yo me opuse siempre. Mi vida recomenzó nuevamente, en el pueblo que yo había querido abandonar.

Contrabando militar

Fui a hacer el servicio militar en el regimiento de artillería de Logroño, y de allí nos mandaron a un campamento, no muy lejos, a hacer la instrucción. Entonces lo consideré bobadas y sigo opinando lo mismo. Nunca me ha gustado. Aprendí lo que había que aprender, y más tarde me di cuenta de que había pasado por un período depresivo malísimo, hasta el punto de estar cerca del suicidio. Hacíamos bastante deporte y gané algunos pequeños premios. Nada más llegar de nuevo a Logroño, me llamó aparte el capitán Albéniz y me preguntó algunas cosas que él ya conocía: mi nombre y apellidos, el pueblo del que venía. Me habló con humanidad, y a partir de ese día le tuve cariño y respeto. Él me preguntó por mi oficio, y yo le dije que del campo y camarero, y entonces me preguntó si me gustaría ocuparme de la cantina del regimiento, y me colocó en ese lugar. Para un soldado era el mejor de todos los destinos; yo empecé a comprar y vender toda clase de comida, y me hice amigo de unos gallegos que eran los responsables del almacén donde había toneladas de todas las mercancías necesarias para el regimiento; empezamos a sacar todos los días víveres escondidos en unos toneles que se utilizaban para llevar el pienso a los animales de una granja, y todo se vendía a un señor de Logroño, con el conocimiento de uno de los responsables del almacén. Repartíamos las ganancias, y empecé a mandar a mi madre bastante dinero, que a ella, que nunca había tenido nada, le vino muy bien. También pude ayudar a mis amigos.

Después me dieron un permiso de varios meses y me fui a Valcarlos a trabajar con mi hermano. Trabajaba en la frontera de albañil durante el día, y por las noches vigilaba a la Guardia Civil; cuando había una ocasión favorable, pasábamos mercancía a través del río, desde la parte vasca del sur a Iparralde, o bien desde Pekotxeta y Arnegi a Valcarlos. Lo que pasábamos eran bebidas alcohólicas, café y tabaco, piezas de recambio para coches y prendas de nylon, entre otras muchas cosas.

La mayor parte de los habitantes de Valcarlos y Pekotxeta vivían del contrabando y se ganaban muy bien la vida. El contrabando era una actividad prohibida, pero era absurdo. Pasar por la frontera unos cartones de tabaco, café o alcohol estaba permitido si los declarabas y pagabas; ese pago era una pura imposición de los hombres, una explotación que sólo favorecía a una minoría privilegiada. Yo critico ciertos comportamientos contrarios a las leyes, pero no respetar esa ley me parece no sólo moral sino hasta revolucionario. Mi hermano traía todos los días un camión de mercancías de Pamplona, lo descargaba y se volvía con otro lleno. Era una mina económica para el patrón de mi hermano, pero también para otra mucha gente, empezando por los mandos de la Guardia Civil. Los aduaneros hacían muchas veces la vista gorda y respetaban el trabajo de los contrabandistas, gente que tenía el coraje necesario y la resistencia física para llevar y traer mercancías y recados a largas distancias. Aquellos viajes agotadores terminaban muchas veces con alegres celebraciones, meriendas y cantos.

Mi hermano Alfonso era muy católico, casi tanto como la patrona, la Cipri, y cuando subíamos el puerto de Ibañeta hacíamos apuestas, yo trataba de adivinar en qué curva iba a estar a tal y tal hora, y le decía: «Si acierto no vas a misa»; y él me contestaba: «Si te equivocas, vas a misa tú».

Trabajábamos muchísimo pero nos ganábamos muy bien la vida, y mi madre empezó a respirar. Mis hermanas

fueron a trabajar a Barcelona, y luego a París; y con la ayuda de todos, mi madre pudo pagar todo lo que debía.

Los patronos eran un poco agarrados, nos daban comida y cama pero nunca llegamos a comernos un muslo de pollo. Mi hermano me decía: «Lucio, ésta es una raza de pollos que crecen sin piernas». Un día tiré el pan al tejado, y eso le provocó un ataque de ira a la Cipri; eran unos bollitos de Valcarlos, los traían ellos para desayunar y, cuando estaban duros, nos los daban. Ella nos dijo que el pan no se tiraba, que a ella, aunque rica, le habían enseñado a no tirar el pan, porque era pecado. Entonces yo le contesté que nosotros éramos muy pobres, pero nos habían enseñado que lo que no quisieras para ti, no lo quisieras para nadie. Ese era el ambiente en Pekotxeta.

Un día José Chueca, un amigo de Ablitas que era ayudante del coronel, me avisó de que en el regimiento se había descubierto lo que ocurría en el almacén, y se hablaba de mi comportamiento. Tenían que encontrar un culpable. Detuvieron a alguien que nada tenía que ver, y también me echaron la culpa a mí. En el almacén faltaban miles y miles de pares de botas, camisas, cuerdas, relojes... En una palabra, varios millones de pesetas. Es verdad que nosotros habíamos cogido algo, pero los que dirigían la operación eran otros, no soldados rasos, sino oficiales.

El asunto, en aquella época y dentro del Ejército, era muy grave. Me buscaban para encarcelarme y podían pedir incluso la pena de muerte para mí, porque el robo había sido enorme. Yo tenía que volver al regimiento y no lo hice, preferí pasar la frontera y coger el tren a Saint-Jean-de-Pied-de-Port, Bayona y París. Así me convertí en desertor, y yo creo que alguien, quizás el capitán Albéniz que más tarde ascendió, hizo algo para ayudarme, porque nunca han vuelto a molestarme por aquello, ni tampoco por mi desertión.